



GENERAL ID: JAIME GARCIA CONDE.



ellos 274 oficiales, ocho coroneles y al general Dupuy, tres estandartes, una bandera y tres cañones. La guarnicion de la plaza, viendo las tropas de Odonnell tan próximas á sus murallas, quiso aprovechar un momento tan decisivo y verificó una salida. El cañon de Lérida hacia un vivísimo fuego; todas las campanas de la ciudad tocaban rebato; la bandera española tremolaba en todos los fuertes cual si la ondeasen las auras precursoras del triunfo. Ardian todos en deseos de combatir; el entusiasmo tocaba á su colmo, y ya un batallon de la guarnicion llegaba á la cabeza del puente, cuando vigorosamente rechazado por el enemigo, tuvo que replegarse á la plaza con considerable pérdida, viéndose su guarnicion obligada á permanecer pasiva espectadora de la total derrota del ejército que habia tratado de socorrerla. Orgullosos los enemigos con estas ventajas, asaltaron en la misma noche 23 los reductos del Pilar y de San Fernando, consiguiendo tomar el primero, y siendo rechazados del segundo con una intrepidez sin ejemplo por el subteniente D. Juan Puig, dejando muchos muertos y heridos, ademas del crecido número que retiraron durante la noche. Estos reductos, que los enemigos atacaron con 400 hombres, no tenian mas que 30 de guarnicion: los fosos eran sumamente pequeños y sus parapetos solo tenian de tres á cuatro piés de altura, parecidos á una tapia de cerca mas bien que á cosa de fortificacion.

El 24 por la mañana envió Suchet un parlamentario, el cual intimó la rendicion á la plaza, anunciando de parte de su general que ya no les quedaba á los sitiados esperanza alguna de socorro, habiendo sido enteramente derrotado el ejército español, en prueba de lo cual se ofreció á llevar en su compañía dos oficiales y un individuo de la Junta para que recorriesen el campo de Margalef y el cuartel general, y pudieran contar por sí mismos los muertos, heridos y prisioneros. El general García Conde, que para recibir al parlamentario habia reunido á la Junta y al gobernador, contestó del modo siguiente:

«Lérida 24 de abril de 1810.—Sr. General: ESTA PLAZA JAMAS HA CONTADO PARA SU DEFENSA CON SOCORRO ALGUNO DE FUERA.—Tengo el honor de saludar á V. E. con la mas alta consideracion.—Firmado.—JAIME GARCÍA CONDE.»

¡Lacónica y sublime respuesta! Su sencillez y hasta su urbanidad encantan y anonadan á la vez, no pudiendo menos de reconocerse en ella el tono á que sirven de tipo aquellos grandes y felices rasgos que tanto ha encomiado Longino. Algunos escritores han dicho que la defensa de García Conde no correspondió á la energía y dignidad de su contestacion. Esto nos sorprende y admira aun mas que la misma respuesta. Nosotros apelamos á los hechos que deponen en contra de ese aserto, y estamos bien seguros de que en ellos encontrará la posteridad una prueba la mas terminante de la precipitacion de ese juicio.

En la noche del 29 al 30 quedó abierta la trinchera y primera paralela á 140 toesas de la plaza, y el 7 de mayo descubrieron los franceses cinco baterias que hicieron un espantoso fuego, tan bien contestado por la artilleria de los sitiados, que al anoecer eran muy raros los cañones que les quedaban en bateria.

En la noche del 9 quedó concluida por el enemigo la segunda paralela, con otras dos baterias, que unidas á las cinco anteriores, ya repuestas, continuaron el fuego por espacio de cinco dias, logrando abrir dos brechas por el Cármen, de cuyas resultas tuvo que retirarse á las calles la artilleria de aquel punto. Desde el 12 empezaron á jugar hasta treinta y dos piezas enemigas, volándose en el castillo un repuesto de bombas, y tomando por la noche los sitiadores tres reductos. El mismo dia 12 hizo el enemigo otra nueva intimacion, la cual fué contestada con la misma firmeza por García Conde. A este incansable gefe se le via constantemente en los puntos de mayor peligro, alentando á los demas con su ejemplo y estimulándolos con su trabajo.

El dia 13 era ya practicable la brecha abierta en el fuerte de la Magdalena. Suchet dió las órdenes oportunas para el asalto, reuniendo todas sus fuerzas á las siete de la tarde en las zanjas que habia hecho hasta el pié de la muralla. Dicho asalto se verificó, siendo al mismo tiempo atacada por el enemigo con una division

a cabeza del puente. Las tropas españolas hicieron en los sitiadores una horrible carnicería; pero logrando al fin penetrar por la brecha hasta unos seis mil enemigos, se apoderaron de la calle Mayor, llegaron á la plaza, entraron por la puerta del Puente, y embistiendo por la espalda á la tropa española que tan bizarramente se defendía contra los que con tanto arrojo la atacaban de frente, se vió esta envuelta entre dos fuegos, y batiéndose desesperadamente á la bayoneta, pereció casi toda gloriosamente.

La artillería del puente continuaba disparando metralla en todas direcciones, hasta que no bastando para el servicio de las piezas el número de los que sobrevivían, abriéronse unos paso por el puente y otros se arrojaron al río. La tropa que se hallaba formada en la muralla vióse repentinamente rodeada de enemigos. Con esto empeñóse un combate en cada calle y en cada cuerpo de guardia, logrando unos romper y abrirse camino para el castillo, y otros salir de la población, en tanto que otros muchos perecían, y otros, en fin, caían prisioneros. Era aquello un cuadro espantoso. El terror se difundía por toda la ciudad; los que no podían huir eran asesinados inhumanamente por los enemigos; ancianos, mugeres y niños, eclesiásticos y seglares, todos los habitantes, en fin, huyendo el furor del frances, corrían hácia el castillo, cuyos fosos se llenaron en breve de seis á siete mil personas. El enemigo entretanto entregábase al saqueo y á cuantos excesos pueden imaginarse: la noche aumentaba los horrores de aquella terrible jornada; los soldados, dispersos por el pueblo, intentaban penetrar en el castillo, mas á cada paso que daban oían el *quien vive* de los enemigos. Entonces, aunque batidos y sin esperanza, respondían con firmeza *España hasta la muerte*, y hacían fuego; otros morían peleando unidos. Solo del batallón de Huesca se encontraron muertos en las calles al día siguiente mas de cuatrocientos hombres, con diez oficiales y su comandante D. Rafael Arcas. Pero si era espantoso el estado de la ciudad durante aquella terrible noche, no causaba menos horror el del castillo y sus contornos. El general y los demas gefes no se replegaron á él hasta el último extremo, y así no se levantaron los puentes levadizos hasta muy tarde. Esta operación causó bastantes desgracias, cayendo muchos sobre las picas y lanzas de los paisanos que estaban en los fosos esponiendo sus vidas y comprometiendo la suerte del castillo.

El sol del día 14 ofreció á los ojos de los leridenses uno de aquellos aterradores espectáculos que solo se ven rara vez. El horroroso incendio que devoraba á la ciudad por sus cuatro ángulos; los esfuerzos del vecindario para ganar el castillo; la intimación de Suchet amenazando no dar cuartel en la ciudad, sino se rendía este; las imprecaciones de los que veían desaparecer sus hogares despues de saqueados, y los ayes y lamentos de los heridos que fallecían sin socorro alguno; las calles rebosando en cadáveres; el continuo fuego de los enemigos; la lluvia de bombas que caía sobre la multitud hacinada en los fosos; la desercion últimamente que empezó á notarse en nuestras fatigadas tropas..... todo era extraordinario y espantoso, todo hacia reconocer al desgraciado García Conde cuán difícil y desesperada era en aquellos momentos su comprometida situación.

El enemigo en tanto recurria á un sin fin de maquinaciones para sorprender el castillo, haciendo que muchos de sus soldados fingiesen querer entregarse, ó aparentando romper sus armas en ademan de pasarse, y disponiendo que un pastor con cuatrocientas cabezas de ganado vacuno subiera hácia el glasis, acompañado de uno de los oficiales hechos prisioneros en la ciudad, á fin de poder en el acto de recibirlo abrirse paso por entre las columnas nuestras que se ocultaban en las calles y casas inmediatas, y caer repentinamente sobre los fosos y forzar la poterna por último. El previsor general español conoció, sin embargo, el amaño, y dió orden para que no se levantasen los rastrillos, frustrando de este modo los ardides que puso en juego Suchet.

El batallón de Murcia, que guarnecía el fuerte de Garden, habia sido reforzado con 400 hombres de Fernando VII y un pequeño destacamento de suizos: la restante tropa habia sido muerta ó hecha prisionera durante el asalto de la ciudad.



Mujeres del yhe.

Int. Art. de F. Pérez J. Donnan.

HORROROSO CONFLICTO DE LÉRIDA.



El fuego del enemigo continuaba con la misma actividad, y á las víctimas de sus estragos añadiábase las de la sed que abrasaba á soldados y paisanos, habiendo ejemplares de caer muertos de ella los niños en los brazos de sus madres. Esta afliccion horrible exacerbaba al valor por una parte, al tiempo que la naturaleza por otra le escaseaba sus fuerzas. Entregado á la desesperacion el denodado García Conde, y no oyendo mas que lamentos, quiso probar si el dictámen de los demas le abria alguna salida en el terrible apuro en que se via. Convocó, pues, á los gefes militares y conferenció con ellos y con los dos únicos individuos que alli se hallaban de los treinta que componian la Junta corregimental, los cuales respondieron como héroes, si bien no se atrevieron á encargarse de obligar á ser héroe tambien al paisanage que se hallaba en la fortaleza. No resolviéndose nada en el consejo de guerra, intimó Suchet nuevamente la rendicion, amenazando continuar el incendio y el bombardeo y acabar con el vecindario; pero no recibió contestacion. Prosiguió entonces arrojando bombas, y dirigidas estas al corto espacio que ocupaban los muchos grupos de paisanos fugitivos de la ciudad, aumentaban la mortandad, confusion y desorden. A la vista de las mugeres, niños, ancianos y demas gentes nadando tristemente en su sangre ó llena de asombro y pavor con la proximidad de su fin, flaqueaba contra su voluntad el valor de los mas esforzados. El mismo general vacilaba en medio de tanto conflicto, pues si su decision y heroismo le arrastraban á morir con honra disparando el último cañonazo, recordábale su deber como gefe, que la patria y la humanidad le pedirian un dia cuenta de tantas preciosas vidas como á su temeridad sacrificaba á despecho de la prudencia y aun del mismo valor, prenda que, como todas las demas, tiene señalados sus límites. Esta reflexion, y solamente ella, le obligó á reunir otra vez el consejo de guerra, en el cual se acordó capitular, comisionando para ello al brigadier D. José Bequer.

Suchet, que aunque como general de Napoleon estaba harto enseñado á no enternecerse á vista de espectáculos como aquel, tenia sin embargo como hombre sentimientos que le hacian honor, y cediendo á ellos entonces, puso fin á la efusion de sangre, y concedió á la guarnicion los honores de la guerra.

El fuerte de Garden se entregó despues, desfilando por la brecha su guarnicion y la del castillo, las cuales rindieron las armas, quedando prisioneras de guerra.

Al posesionarse de Lérida, cayeron en poder de los franceses 436 cañones, un millon de cartuchos, 40,000 fusiles, 40 banderas y muchos almacenes, libertando á 33 oficiales de su ejército hechos prisioneros en Mollet. La guarnicion perdió durante el sitio 4,200 hombres.

Tal fué el término del sitio de Lérida, sostenido con valentía é intrepidez por el general D. Jaime García Conde y su corta guarnicion, y no merecedor seguramente de la inconsiderada censura del general Odonnell, que con entero olvido del respeto que el decoro militar exige, y del que se debe siempre á la desgracia, mandó en la órden general del ejército del dia 20 que sus tropas no alternasen con los defensores de Lérida, á los cuales llegó hasta el extremo de apellidar *traidores á la patria*. Este language, que siempre hubiera sido impropio en cualquiera otro general, lo era mucho mas en Odonnell, autor hasta cierto punto de aquella desgracia, porque con su imprevision é infundada confianza no atendió en tiempo oportuno á las reclamaciones de García Conde. Herida la delicadeza de este con un proceder como aquel, pidió á su regreso á España se le formase causa, y el fallo declaró honrosa y digna su conducta en el sitio de Lérida. Su mejor justificacion, sin embargo, consiste en los hechos de que hemos dado cuenta: los tribunales de Fernando VII harian por sí solos poca fé, como veremos mas adelante.

Durante el sitio de Lérida se empeñaron algunos choques parciales en los que obtuvimos algunas ventajas. El principal fué sostenido por D. Pedro Villacampa, que cerca de Calatayud, en el pueblo de Purroy, se apoderó el 43 de mayo de un convoy enemigo, haciendo prisionero al comandante Petit y á mas de 400 hombres que lo custodiaban. Klopiskhi fué destinado á la persecucion de Villacampa; pero aunque le siguió hasta Cuenca, no le pudo dar alcance.

El marqués de Lazan, hermano del general Palafox, apoderóse de Alcañiz en los primeros dias de mayo, bloqueando tambien su castillo; pero sin éxito desgraciadamente, porque socorrida la guarnicion, vióse al fin obligado á retirarse.

El general Suchet, luego que rindió á Lérida, trató de apoderarse de Mequinenza, á cuyo gobernador hizo saber la rendicion de aquella plaza, invitándole á hacer lo mismo bajo las mas ventajosas condiciones; pero el gefe español no quiso admitirlas, sin embargo de estar persuadido de que no habian de venir en su ayuda auxilios de ninguna especie.

La villa que acabamos de nombrar está situada en la confluencia del Segre y del Ebro, en medio de un vasto terreno desierto y montañoso, cubriéndola por su espalda una roca de 600 piés de elevacion, y tan escarpada, que apenas deja senda para caminar á pié desde Mequinenza á Fraga y Peñalba. La poblacion se halla defendida por antiguas murallas del tiempo de los moros, y estando como está rodeada por todas partes de las aguas del Ebro y del Segre, y de la fragosa roca que acabamos de mencionar, forma una especie de puerto sobre el Ebro que la constituye su llave hasta Tortosa y el mar, dándole todo esto la importancia en que ha sido siempre tenida. La principal defensa de esta plaza es un fuerte construido sobre una roca, accesible únicamente por una prolongada llanura hácia el oeste en una latitud de 1,300 toesas. Este es el solo punto susceptible de un ataque regular, defendiéndole varios reductos y una muralla de fábrica, un foso abierto en la roca viva y un camino cubierto con empalizada.

Aunque no hay ni habia allí entonces camino practible para la artillería, Suchet mandó abrir uno al través de la roca, lo cual verificaron sus ingenieros con prontitud increíble.

El 20 de mayo fué embestida Mequinenza por la division del general Musnier, y el 25 completó el cerco por la derecha del Ebro el general Montmarie.

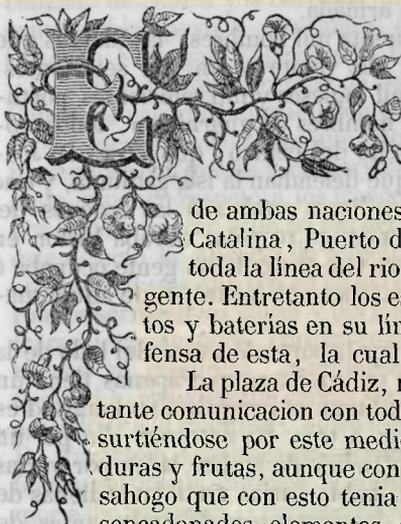
En la noche del 2 al 3 de junio empezaron los franceses á abrir las trincheras á 400 toesas de las murallas; pero advertidos de esto los españoles por el ruido de las herramientas, hicieron un fuego tan vivo, que les hirieron mas de 50 hombres. En aquella misma noche atacaron los franceses la villa por tres puntos; pero de todos fueron rechazados. Al propio tiempo hicieron salir los españoles once barcas, las cuales bajaron por el Ebro con tal rapidez, que no pudieron ser detenidas por los franceses, salvándose en ellas multitud de habitantes, los cuales entraron en Tortosa con todos sus efectos. En la noche del 4 al 5 escalaron los franceses los muros de la villa, los cuales no tenian mas que ocho piés de altura. Despues de un vivo fuego, retiráronse los españoles al castillo, dejando abandonada la villa con ocho piezas de artillería, 400 fusiles y gran cantidad de municiones.

Dueño el enemigo de Mequinenza, continuó el sitio del castillo, y adelantando sus obras contra este hasta cincuenta toesas del glasis, en la noche del 7 al 8 rompieron el fuego contra él diez y seis piezas de artillería. Los españoles contestaron con el suyo del modo mas decidido; pero el enemigo continuó batiendo las murallas, logrando destruirlas en gran parte y haciendo con las bombas terrible estrago en la guarnicion. Esta entonces conoció la imposibilidad de continuar defendiéndose, y se entregó prisionera, obtenido que hubo los honores militares. Los franceses se apoderaron en esta ocasion de 4,400 hombres, entre ellos 78 oficiales, cayendo en su poder igualmente 45 cañones, gran número de quintales de pólvora, y mucho hierro y muchas municiones.

La toma de Mequinenza completó la ocupacion de todos los puntos fortificados del reino de Aragon por el ejército frances. Conseguidos estos resultados, ordenó Suchet que el general Montmarie penetrase inmediatamente en el suelo valenciano, procurando tomar á Morella.

CAPITULO III.

Da Victor principio á sus trabajos para el sitio de Cádiz.—Los sitiados continúan los suyos.—Recio temporal en la bahía de Cádiz.—Piérdense los últimos restos de la antigua armada española.—Poderoso ejército que sitiaba á Cádiz: número de tropas que le defendian.—Toman los franceses el castillo de Matagorda.—Llega á Cádiz el general Blake.—El general Copons es destinado al condado de Niebla y D. Julian Jácome al campo de San Roque.—Insurreccion de la Serranía de Ronda: los paisanos reconquistan su capital.—Gloriosa defensa de Montellano.—El general Sebastiani toma á Murcia: abandona luego aquella ciudad.—Numerosas partidas españolas recorren las Alpujarras: acciones de Estremadura.—Cruel decreto del mariscal Soult: ordena represalias la Regencia.—Carácter del rey José.—Napoleon decreta la desmembracion de varias provincias de España.—Conducta del rey Fernando en Valency.—El mariscal Ney toma el mando del 6.º cuerpo del ejército frances.—Reconoce el ejército ingles.—Ataque de Arroyo del Puerco.—Los franceses arrollan á las tropas asturianas.—El general Bonnet entra en Oviedo.—Ocurrencias políticas en Asturias.—El mariscal Junot pone sitio á Astorga: su gobernador Santocildes se defiende con heroísmo: capitulacion de Astorga.—Grandes preparativos de Napoleon para invadir el Portugal.—Reflexiones.



ENCARGADO el mariscal Victor de dirigir el sitio de Cádiz, empezó con vigor sus trabajos para el bloqueo de la isla de Leon y de la bahía, si bien molestado continuamente por las tropas españolas é inglesas que defendian la línea y por las flotillas de ambas naciones. El enemigo estableció baterías en Rota, en Santa Catalina, Puerto de Santa María, Trocadero y Puerto Real, y sobre toda la línea del rio Sancti Petri, costándole estas operaciones bastante gente. Entretanto los españoles trabajaban sin cesar en levantar parapetos y baterías en su línea, y en inventar y multiplicar los medios de defensa de esta, la cual recibia tambien continuos refuerzos de tropas. La plaza de Cádiz, merced á su envidiado puerto, mantenía una constante comunicacion con todos los puntos del globo libres del yugo de Napoleon, surtiéndose por este medio de toda clase de víveres, sin escluir las verduras y frutas, aunque con el aumento de precio que era consiguiente. El desahogo que con esto tenia fué por desgracia turbado muy pronto por los desencadenados elementos, dado que en la noche del 8 al 9 de marzo arrojó un temporal á la costa ocupada por el enemigo mas de veinte buques mercantes, junto con los navíos de guerra Concepcion, Montañés y San Roman, la fragata Paz, un navío de guerra portugues y tambien un bergantin ingles de guerra; y á mas dos pontones ocupados por prisioneros franceses, los cuales consiguieron tomar tierra entre sus paisanos, á pesar del fuego de nuestras baterías. Entre las víctimas de aquel conflicto contóse el ex-central Riquelme, que se hallaba preso en la fragata Paz. Alguna parte de las guardaciones y tripulaciones de los buques consiguió salvarse, y de los náufragos hicieron los franceses unos doscientos prisioneros. Los cascos fueron todos quemados.



TEMPORAL EN EL PUERTO DE CÁDIZ.

De resultas de tan fatal acontecimiento dispuso el gobierno enviar á las islas de Mallorca y Canarias los prisioneros que se custodiaban en los otros pontones: los navíos que habian quedado los mandó á la Habana, en donde el descuido y la polilla, si es lícito esplicarnos así, vinieron á consumirlos en breve, desapareciendo con ellos los últimos restos de nuestra antigua y poderosa armada.

El ejército que sitiaba á Cádiz ascendía á cincuenta mil hombres: las fuerzas que defendían la línea de los sitiados no pasaban de veinte y un mil setecientos, compuestos de diez y seis mil españoles, cuatro mil ingleses y mil setecientos portugueses. Demas de eso existían en Cádiz diez mil hombres de guarnición, todos voluntarios de la misma ciudad. Al general del ejército del centro, que lo era D. Joaquín Blake, correspondía el mando de las tropas que defendían la isla gaditana, y que formaban parte de aquel ejército. Las tropas auxiliares estaban á las órdenes del mayor general inglés Graham. Por lo que al enemigo respeta, obraba Víctor en combinacion con el general Sebastiani, el cual con una parte de su gente ocupaba á Antequera, Málaga y Motril, y mantenía comunicaciones con las tropas de aquel mariscal, situadas en Ronda y Marbella.

El primer ataque contra Cádiz debía hacerse por la parte de tierra del lado de la Isla de Leon, la cual está separada del continente por un istmo que apenas tiene un cuarto de legua de anchura. La forma de la isla gaditana es irregular, su longitud es diez millas y su latitud en algunos puntos no llega á tres. Se entra en ella por un camino muy estrecho, el cual estaba entonces defendido de ambos lados por varias baterías que cruzaban sus fuegos. En este camino habia varias cortaduras llenas de agua ademas de los fosos, encontrándose una de doscientos piés de ancho antes de llegar al puente de Zuazo, que se habia destruido tambien para impedir el paso, construyéndose en él dos baterías de veinte piezas de á 32 cada una. Las muchas salinas que rodean á la isla se habian tambien anegado, dejando todo el camino pantanoso é intransitable.

Estos y otros muchos obstáculos que la naturaleza y el arte habian proporcionado á Cádiz tenían que vencer los franceses antes de aproximarse á sus fuertes murallas; por lo cual, conociendo aquellos la imposibilidad de superarlos, se limitaron á proporcionarse en su línea todos los puntos mas á propósito para incomodar la nuestra. Uno

de estos puntos era el castillo de Matagorda, situado en tierra firme, á la embocadura del caño del Trocadero, distante dos mil toesas de Cádiz, frente á nuestro castillo de Puntales. Recurriendo á la bala roja, hicieron los franceses alejar los buques que estaban apoderados del citado castillo de Matagorda para protegerle. Al mismo tiempo se dedicaron á armar baterías ocultas, que no descubrieron hasta que se hallaron en estado de reducir á polvo el castillo, castillo que empezaron á batir con treinta y seis piezas de artillería de á 36 y varios morteros, la mañana del 12 de abril, arruinando sus merlones y parapetos. El fuerte contestó con igual actividad durante todo aquel día y la mañana del 22, hasta que cayendo una bomba en el almacén de pólvora, obligó á los españoles á evacuarlo despues de las diez, embarcándose en nuestras lanchas, no sin volar antes todas sus obras, si bien abandonaron mil y quinientos prisioneros, procedentes del ejército de Dupont, entre ellos seiscientos oficiales.

El general Blake, que iba á encargarse del ejército de la Isla, entraba en la bahía de Cádiz al tiempo mismo que se abandonaba el arruinado castillo de Matagorda. ¡Signo funesto que parecia ratificar ya la mala estrella de aquel general, digno ciertamente de mejor fortuna, como ya hemos dicho otra vez, por sus talentos y conocimientos militares!

A pesar de esta desgracia, siguió el enemigo el sitio de Cádiz con la misma lentitud, hallándose aquel escaso de víveres y de municiones, dado que sus convoyes eran continuamente interceptados por las guerrillas del interior, y no podían marchar sino escoltados por fuertes destacamentos.

Los franceses levantaron sobre las ruinas de Matagorda otras varias y nuevas obras, desde las cuales contestaban al continuo fuego de nuestro fuerte de Puntales y al de las lanchas cañoneras españolas é inglesas, que con el suyo interrumpían continuamente sus trabajos y les causaban considerables pérdidas.

La Regencia, en medio de los muchos cuidados que la rodeaban, se esforzaba en promover la insurrección en varios puntos de Andalucía, para distraer la atención del enemigo. Para ello, como sitios propios á su intento, eligió especialmente el condado de Niebla y la Serranía de Ronda, esta vecina á Gibraltar, que la ofrecía incontestable apoyo y el primero áspero en su territorio y partiendo límites con el Océano y Portugal. El general D. Francisco Copons y Navia fué destinado al condado, y D. Julian Jácome al campo de San Roque, desde donde debía atender á la Serranía. Copons se encargó del mando en 14 de abril, y mejorando cuanto pudo la organización de los setecientos hombres que encontró en aquella tierra, reuniendo otros nuevos, haciéndose con fondos y conservando espedita la comunicación entre la costa y Cádiz, pudo imponer respeto á los franceses, á pesar de que algunas veces se vió obligado por estos á buscar asilo en Portugal. Jácome no tenia tanta resolución; pero suplían este defecto la audacia de aquellos naturales y su costumbre de combatir, como contrabandistas que son en su mayor parte. Desde que José entró en Sevilla, conocieron los serranos los males y perjuicios que iban á seguirseles, y comenzaron á mostrarse desasosegados. Trasládose el intruso á Ronda, y conociendo lo poco que ganaba con su presencia, contentóse con dejar en la ciudad un gobernador y alguna tropa. La insurrección creció instantáneamente, encargándose varios patriotas de acaudillar á la multitud, entre ellos D. Andres Ortiz de Zárate, apellidado el Pastor. D. Francisco Gonzalez se presentó á la vista de Ronda el 12 de marzo con una fuerte partida de paisanos, y aquel informe pero entusiasmado grupo infundió tal temor á los franceses, que abandonaron la ciudad por la noche y se retiraron á Campillos; y aunque el general Peyremont la recobró el 21, fué para dejarla otra vez y acudir á Málaga, caída en poder de los nuestros. La Regencia nombró comandante de aquel distrito, bajo las órdenes de Jácome, á D. José Serrano Valdenebro, y en Jimena formóse una junta para representar á los pueblos. El entusiasmo producido por el levantamiento de la Serranía llegó á un grado tal de fervor, que habiendo sido rechazados trescientos franceses de una embestida dada á Montellano, y vuelto reforzados por otros mil á atacar el pueblo, no pudieron vencer la resistencia de los habitantes. Incendiaron entonces las casas, quedando ilesa solamente la del alcalde D. José

Romero y el campanario de la iglesia. Romero se defendió heroicamente con su muger é hijos tras la débiles tapias de un recinto estrecho para corazon tan grande contra toda aquella turba de enemigos; y ya iban estos á emplear su artillería, cuando algunos grupos que bajaban de las inmediaciones, los forzaron á cejar. El valiente alcalde permaneció largo tiempo en su actitud hostil, replicando *este es mi puesto*, á cuantos le rogaban que se retirase. Tan heroica proeza merece bien un recuerdo honorífico en la historia.

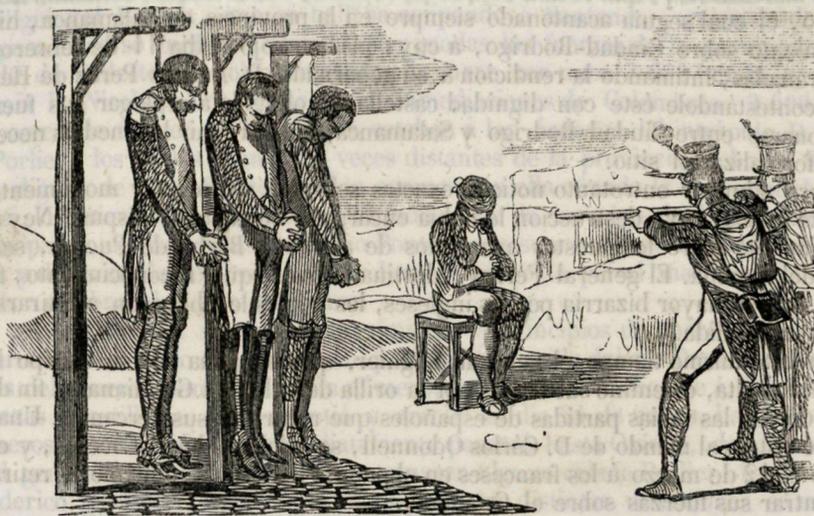
Igual escarmiento sufrieron los invasores ante los muros de Tarifa, siendo el 24 de abril rechazados de aquella plaza.

Hostigaban tambien al enemigo las provincias de Murcia y Estremadura. En la primera estaba el ejército del centro, compuesto como ya dijimos, de doce mil infantes, dos mil caballos y doce piezas de artillería, y en la última el de la izquierda, que constaba de veintiseis mil infantes y dos mil ginetes, la mitad de estos desmontados.

El general Sebastiani, flanqueando las posiciones de D. Manuel Freire, que por hallarse en Cádiz D. Joaquin Blake, mandaba el ejército del centro, sorprendió á Murcia con ocho mil hombres el 23 de abril, y á pesar de la promesa que hizo á los habitantes de respetarlos con sus intereses, irritado sin duda de la frialdad con que le recibieron, y de ver ausentes de la poblacion los principales vecinos, castigó la ciudad duramente con las mas arbitrarias exacciones. El movimiento del general Freire obligó á Sebastiani á dejar aquella ciudad á los tres dias, y el furor que los murcianos hubieran debido emplear para resistir al extranjero, lo descargaron todo contra los que con justicia, ó sin ella, eran tildados de desleales, y principalmente contra el corregidor interino D. Joaquin Elgueta, que habiendo conseguido librarse de la muerte con que le amenazaban los invasores, vino desgraciadamente á recibirla de manos de sus mismos compatriotas. Al mismo tiempo recorrían las Alpujarras numerosas partidas de valientes, las cuales, acaudilladas por Mena, Villalobos, García y otros, y protegidos por la caballería y algunos destacamentos de infantería del general Freire, tomaban á menudo venganza de las tropelías que como en Velez Rubio y en otros pueblos cometían los enemigos.

Ni era menor la actividad que el ejército de la izquierda mostraba en las fronteras de Estremadura. Dejando á la division de la Carrera en observacion de la de Mortier, que, despues de haber intimado en vano la rendicion á Badajoz al llegar á aquella provincia, estaba acantonada en Llerena, Almendralejo y los Santos, marchó el marques de la Romana á Badajoz, donde estableció su cuartel general, y situó dos divisiones á su izquierda, á las órdenes de Mendizabal y D. Carlos Odonnell en Casteldavide y Alburquerque, y otras dos á la parte opuesta, mandadas por los generales Ballesteros y Senen de Contreras, hácia el camino de Monasterio y Olivenza. El primero de estos dos gefes sostuvo continuos encuentros con los franceses, y en Santa Olalla y en Ronquillo, en Zalamea y Arazena, en Burguillos y Monasterio, se le vió en el mes de marzo y siguientes vencer mas de una vez las tropas que acaudillaba Mortier. Tambien D. Carlos Odonnell maniobró con buenos resultados contra el general Regnier, gefe del segundo cuerpo frances de aquel ejército.

Entretanto el mariscal Soult, enfurecido con la incesante guerra que los nuestros le hacian, dió en 9 de mayo un decreto contra las partidas españolas, á las cuales llamaba reuniones de bandidos, condenando á sus individuos, apenas fueran aprehendidos, á ser pasados por las armas y espuestos en los caminos sus cadáveres. La Regencia tardó en contestar, pero viendo que Soult llevaba á cabo tan bárbara providencia, publicó en 45 de agosto otro decreto, mandando que se ahorcasen tres franceses por cada español castigado á consecuencia de aquella medida. Esta orden, aunque dura en sí misma, reclamábanla imperiosamente las circunstancias, y sus efectos debian ser beneficiosos á la humanidad, no pudiendo menos de contener, como las contuvieron en efecto, las atrocidades de Soult y de los demas invasores. Los franceses nos llaman bárbaros, y no ven que la *Guerra de la Independencia* es para ellos un padron de ignominia, ora se atiende á la iniquidad y á las pérdidas artes con que verificaron su invasion, ora á las crueldades sin término con que nuevos Nero-



REPRESALIAS CONTRA SOULT.

nes y Atilas se abrevaron de sangre española, y apuraron todos los recursos de su ingenio, para aterrar á los defensores de nuestra nacionalidad é independencia con los mas esquisitos suplicios. ¿Cómo, siendo José tan humano, consentia portarse de este modo á las huestes que invocaban su nombre? Tanto desnaturaliza á los hombres la posicion en que se colocan, cuando no tienen medio entre caer de la altura á que se han elevado aceptando medios ilícitos, ó llamar en su auxilio al verdugo para dilatar algun tiempo la catástrofe que al fin les espera.

En la época á que nos referimos, estaba exasperado el intruso tanto por la tenaz resistencia que los españoles le hacian, como por el enojo que le dió el decreto de Napoleon espedido el 8 de febrero, convirtiendo en gobiernos militares algunas de nuestras provincias, y dando el de Cataluña, Aragon, Navarra y Vizcaya á los generales que en ellas tenia. El intento de Bonaparte era incorporar al imperio frances la parte septentrional de España allende el Ebro, como lo habia hecho con la Holanda y los estados pontificios. José, que no podia mirar con indiferencia la desmembracion del pais que contaba ya como propiedad suya, resolvió despachar á Paris de embajador extraordinario á D. José de Azanza, con encargo especial de procurar inclinar al emperador á que revocára aquel decreto. Pero aunque estuvo Azanza en Paris seis meses, y fué á ayudarle en su comision el marqués de Almenara, no pudo conseguir cosa alguna, como lo prueba una de sus últimas comunicaciones, en la cual decia á José que el emperador no se contentaba sino con la cesion absoluta de las mencionadas provincias.

Entretanto, y mientras José procuraba hacer lo posible por sacudir el yugo de su hermano, humillábase á las plantas de este del modo mas indigno y vergonzoso el monarca que España aclamaba, suplicándole repetidas veces le hiciera su hijo adoptivo enlazándole con una princesa de la familia imperial; llegando al extremo increíble de felicitarle por sus victorias, y al mas inconcebible todavia de llamar *rebelde y fanático* al pueblo que con tanto heroismo se estaba matando por él. La pluma se nos cae de la mano cuando intentamos trazar el cuadro de tanta ingratitude y vileza, y asi remitiremos al lector á lo que acerca del particular refiere en sus memorias Llo-

rente, no menos que á lo que Toreno y al autor ó autores contemporáneos de la historia de Fernando VII de España han dejado consignado en sus obras.

El mariscal Ney, que recién venido de Francia, habia tomado el mando del 6.º cuerpo, el cual seguía acantonado siempre en la provincia de Salamanca, hizo un movimiento sobre Ciudad-Rodrigo, á cuya plaza arrojó el día 11 de febrero algunas granadas, intimando la rendición á su gobernador D. Andres Perez de Herrasti; pero contestándole éste con dignidad castellana, obligóle á replegar sus fuerzas y acantonarse entre Ciudad-Rodrigo y Salamanca, hasta reunir los medios necesarios para formalizar el sitio.

Para adquirir entretanto noticias exactas sobre la situacion y movimientos del ejército ingles, cuya destruccion le habia encargado Bonaparte, dispuso Ney un reconocimiento sobre los puestos avanzados de aquel en Barba de Puerco, sobre la orilla del Agueda. El general Ferrey, destinado para aquel reconocimiento, fué recibido con la mayor bizzarria por los ingleses, los cuales le obligaron á retirarse con bastante pérdida.

En este mismo tiempo el general Regnier, que ocupaba con su cuerpo la Estremadura alta, diseminó sus tropas por la orilla derecha del Guadiana, á fin de desalojar de ella las varias partidas de españoles que recorrían sus cercanías. Una division de estos, al mando de D. Carlos Odonnell, se adelantó hácia Cáceres, y encontrando el 12 de marzo á los franceses en el puente del Salor, obligóle á retirarse y concentrar sus fuerzas sobre el Guadiana.

El general Foy supo que 2,000 españoles ocupaban el pueblo de Arroyo del Puerco, y marchando rápidamente á su encuentro, los atacó de improviso, causándoles grave pérdida. El ataque fué tan repentino, que el coronel ingles Grat, al servicio de Portugal, comisionado por lord Wellington para explorar la situacion de la Estremadura, y situado en Arroyo del Puerco cuando se verificaba el ataque, apenas tuvo tiempo para buscar su salvacion en la fuga, dejando en poder del enemigo sus caballos, efectos y papeles, entre los cuales se encontró su correspondencia con Wellington, con el general Hill y con el mariscal Beresford.

El general Odonnell, que con su division acababa de hacer una espedicion sobre Cáceres, habia dejado al brigadier D. Carlos España con la retaguardia, compuesta de las compañías de preferencia de los regimientos de Castilla, Zamora, Navarra, voluntarios de Sevilla y un escuadron de Borbon en el pueblo de la Roca, cuya fuerza total no llegaba á 1,500 infantes y 80 caballos; y habiendo sido atacados el 20 de abril por dos brigadas de caballería mandadas por los generales Sault y La-Housaye, y por dos divisiones de infantería, de las cuales solo entraron en accion algunas compañías de cazadores, verificaron su retirada á Alburquerque, despues de haberse batido con bastante denuedo.

El citado general Foy se habia dirigido sobre Cáceres, y acometido por una columna al mando del mismo Odonnell, le obligó este á retirarse á Mérida, teniendo que formar varias veces el cuadro para no ser envuelto por los españoles.

La retaguardia de la division del general Contreras, de vuelta de una espedicion que hizo á Mérida, fué alcanzada por la brigada de dragones del general Dycon el 17 de abril, y la hizo algunos prisioneros.

El general Ballesteros, que se encontraba en Andalucía, reunió su division con la primera del ejército de Estremadura en Cala, marchó sobre Santa Olalla, y de allí al Ronquillo, donde empenó accion con una division francesa compuesta de 2,500 infantes y 500 caballos, perteneciente al cuerpo de Mortier, teniendo al fin que retirarse sobre Sevilla. Luego, hallándose el mismo Ballesteros con su division en Aracena, presentóse delante el general Girard el día 26 de mayo con 6,000 hombres de infantería y 600 caballos, y atacó las avanzadas, que hizo replegar juntamente con las tropas que fueron á contenerle; pero el triunfo que alcanzó de nosotros costó al frances bastante pérdida.

Permitánnos ahora nuestros lectores que nos dirijamos á Asturias, pues, aunque atravesando la Península, hace esta diligencia necesaria el enlace de los sucesos

de aquella provincia con el sitio de Astorga, del cual tenemos que ocuparnos luego.

La empresa de ocupar en todo ó en su principal parte el suelo asturiano, fué confiada al general Bonnet, que se hallaba ocupando á Santander, quien desde luego se propuso hacerse dueño de Oviedo. Menguadas las fuerzas de la provincia desde la salida de Ballesteros, solo contaban á la sazón con unos 7,000 hombres, 4,000 que tenia D. Nicolás Llano Ponte en las inmediaciones de Colombres, 2,000 existentes cerca de Oviedo y 1,000 que estaban á las órdenes del intrépido D. Juan Díaz Porlier, los cuales, aunque á veces distantes de la provincia en busca de empresas dignas de su esfuerzo, sabian aparecer en ella cuando la necesidad lo exigia. Así lo hicieron en cuanto tuvieron noticia de la invasion de los franceses en el principado, del descalabro de Llano Ponte por la superioridad de las fuerzas enemigas, y de la salida de Oviedo de la Junta establecida por el marques de la Romana con el general D. Antonio Arce.

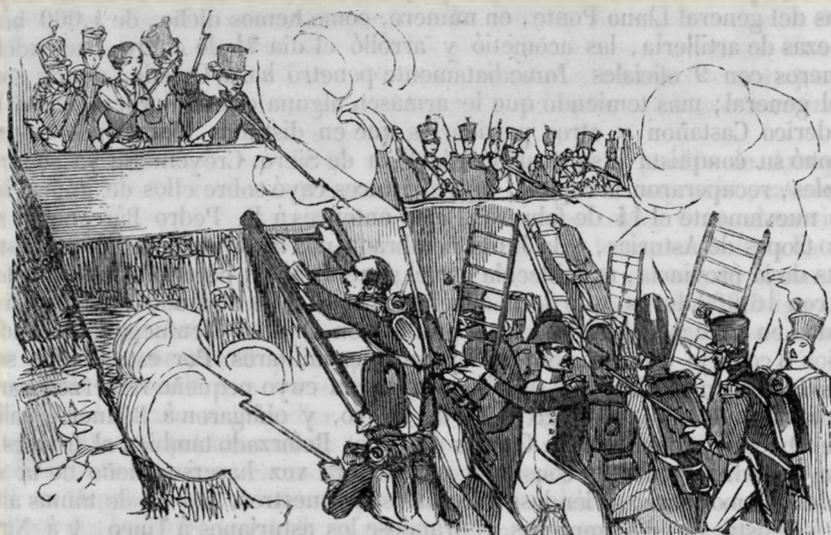
El general Bonnet se puso en movimiento á principios de enero con direccion á Asturias, y habiendo encontrado en posicion á la orilla del rio Deva las tropas españolas del general Llano Ponte, en número, como hemos dicho, de 4,000 hombres y 9 piezas de artillería, las acometió y arrolló el dia 24 de enero, haciéndolas 75 prisioneros con 9 oficiales. Inmediatamente penetró hasta Oviedo, donde sentó su cuartel general; mas temiendo que le armasen alguna celada Porlier, Llano Ponte, D. Federico Castañón y otros partidarios que en distintas direcciones se movian, abandonó su conquista y se trasladó á la Pola de Siero. Creyéndose ya seguros los españoles, recuperaron la capital, mas el frances cayó sobre ellos de improviso y la ocupó nuevamente el 14 de febrero. Dióse entonces á D. Pedro Bárcena el mando de las tropas de Asturias, y la Junta nombrada por la Romana cedió el puesto á la antigua de la provincia, restablecida por el general Arce; pero habiéndose este marchado con 16,000 duros, que decia debérsele por sueldos atrasados, nombró la nueva autoridad en su lugar al de la misma graduacion D. José Cienfuegos, creando una comision ó consejo que dirigiese las operaciones militares. Por este tiempo se recibió de Galicia un auxilio de 2,000 hombres, con cuyo pequeño refuerzo osaron los españoles acometer al enemigo el 19 de marzo, y obligaron á Bonnet á salir otra vez de Oviedo y refugiarse en Cangas de Onís. Reforzado tambien el frances, adelantóse inmediatamente, y consiguió por tercera vez hacerse dueño de la capital el 29 del mismo marzo, viéndose precisados los nuestros, por fin de tantas alternativas, á desistir de sus empresas, retirándose los asturianos á Tineo, y á Navia los socorros de Galicia.

Deseaban algunos que conviniéndose entre sí la junta del principado y la de Betanzos, pusiese ésta á disposicion de la primera los cuantiosos recursos que poseia; mas su debilidad perjudicaba no menos al estado de la vecina Asturias que á sus propios intereses. Escudados con ella algunos bulliciosos, asesinaron en el Ferrol al comandante de arsenales D. José María de Vargas, si bien fué su muerte vengada á poco tiempo por la justicia. Confiados tal vez los franceses en la misma debilidad, se determinaron á realizar el sitio de Astorga, impidiendo al general Mahy, que mandaba en Galicia, efectuar el proyecto que habia concebido de mandar nuevos auxilios á Asturias, sin esperar para ello órdenes de la junta de Betanzos.

A fines de febrero, el 8.º cuerpo del ejército frances, que al mando del mariscal Junot, duque de Abrantes, habia vuelto del Austria con direccion al norte de España, se habia adelantado hasta el reino de Leon, á fin de protegerle contra el ejército español de Galicia.

Con la ocupacion de Astorga mantenian los españoles espedita la comunicacion con un numeroso cuerpo de anglo-portugueses que ocupaban los orillas del Ezla y toda aquella parte de la frontera del Portugal. La pequeña ciudad de Astorga, que el año anterior habia sido ocupada sucesivamente por los ejércitos beligerantes, se habia fortificado algo; pero nunca podia considerarse como plaza fuerte. El coronel del regimiento de Santiago, D. José de Santocildes, se encargó de su mando y defensa

con cerca de 2,000 hombres, compuestos de los regimientos de Santiago y Lugo, y varios destacamentos de otros. El ejército de Junot, que el 21 de marzo embistió á Astorga, constaba de 26,000 infantes y 8,000 caballos, y dió principio al sitio apoderándose de los arrabales de Santo Domingo y San Andres, y dirigiendo sus principales ataques contra la puerta del Rey y el arrabal de Rectivia. El gobernador dispuso varias salidas que causaron mucho daño al enemigo. Este empezó en 18 de abril sus trabajos para las baterías de brecha, á 40 toesas de la puerta de Hierro, y el 20 rompió el fuego con nueve piezas de grueso calibre y otras diez menores. La plaza contestaba pausadamente porque se le iban concluyendo las municiones. La brecha se halló practicable el 21, para 23 ó 30 hombres de frente, y en el mismo día emprendió el enemigo el asalto, dirigido por el jefe de escuadron Lagrave, uno de los edecanes del mariscal Junot. El ataque duró desde las dos de la tarde hasta las seis y media, siendo rechazados los franceses vigorosamente, y muertos ó heridos cuantos subieron á la brecha por el fuego que hizo el sitiado desde las



ASALTO DE ASTORGA.

cortaduras abiertas en lo interior para la defensa. En vista de tan obstinada resistencia, adoptaron los franceses el único recurso que les quedaba, que era formar por medio de la zapa una comunicacion con el pié de la brecha, y alojarse en esta á continuacion, como lo consiguieron aquella misma noche. Concluidas todas las municiones de artillería, y no quedando á los defensores sino muy pocos cartuchos por plaza, exigia la prudencia no aventurar las vidas de aquellos al incierto éxito de un nuevo asalto; y por lo tanto el gobernador de Astorga envió el 22 de abril uno de sus oficiales al campo enemigo para parlamentar y presentar el proyecto de una capitulacion sumamente ventajosa á la guarnicion y vecindario: condiciones que no fueron admitidas, añadiendo el frances la amenaza de que si á las cuatro de la tarde del mismo dia 22 no se rendia la guarnicion, se daria otro nuevo asalto y se la pasaria á cuchillo. La respuesta á esta exigente intimacion fué disparar la plaza un cañonazo, tan bien enfilado al sitio de la trinchera en que habia sido recibido el oficial parlamentario, que cayó la bala en medio del estado mayor, que con el general permanecian todavia en el mismo punto, é hirió á algunos oficiales. Este solo rasgo dá á conocer el grado de enerjia en que se hallaba la guarnicion, y lo que

hubieran hecho los valientes que la componian á estar la plaza bien fortificada y con abundancia de municiones.

El enemigo intentó un segundo asalto; pero habiendo sido igualmente rechazado, se contentó con poder permanecer alojado en la brecha, despues de haber perdido mas de 300 hombres en menos de una hora. Con todo, conociendo Santocildes que era inevitable la destruccion de la ciudad, convocó á todos los gefes militares de la guarnicion y á los principales vecinos, les hizo presente la peligrosa situacion en que se hallaban, y de acuerdo con ellos envió aquella madrugada un oficial, manifestando al general frances que la guarnicion se rendiria prisionera de guerra siempre que se la concediese los honores militares, y que se conservasen las espadas á los oficiales, y las mochilas á los soldados, respetándose ademas las personas y propiedades de los vecinos, é imponiendo pena de la vida á todo soldado frances que infringiese cualquiera de estas condiciones. Junot se convino y aprobó esta capitulacion, tomando posesion de Astorga el dia 23 de abril, despues de 45 dias de trinchera abierta, y de haber perdido en el sitio cerca de 3,000 hombres.

El ejército español de Galicia, situado en Villafranca, quiso verificar un movimiento para socorrer á Astorga; pero fué contenido por el general Clausel, que mandaba una division del cuerpo de Junot.

La costumbre que tenian los generales franceses de burlarse de lo pactado, con mengua del honor militar, hizo que en vez de respetar Junot el heroísmo con que el vecindario de Astorga habia contribuido á la defensa, permitiera que sus tropas se entregasen á los mayores escesos, y que saqueasen varias casas, disponiendo ademas que fuesen conducidos á Francia como prisioneros algunos eclesiásticos de los que mas habian trabajado en el sitio.

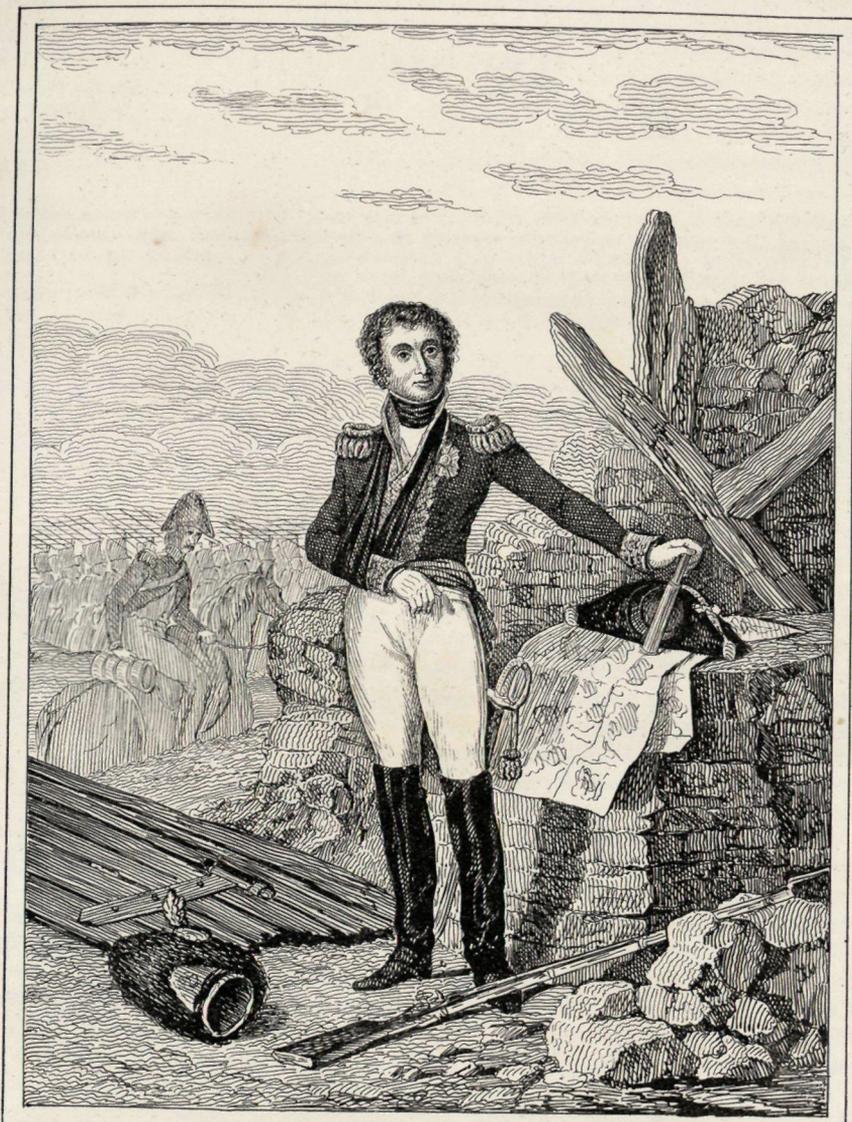
La posesion de Astorga facilitaba á los franceses la invasion de Portugal, por ser aquella ciudad uno de los puntos y pasos mas importantes para mantener la comunicacion con el norte del reino, y proteger las incursiones en las provincias de Leon y Asturias. Asi, la toma de aquella pequeña y mal fortificada ciudad fué tanto mas satisfactoria al emperador, cuanto mas podia contribuir al buen resultado del proyecto que por entonces ocupaba el primer lugar en su mente.

Para formar alguna idea de la suma importancia que daba Napoleon á la reconquista del Portugal, bastará considerar la inmensidad de medios que empleó. Seguro casi de no tener nada que temer en España, bloqueada ya la isla gaditana y tomada la célebre plaza de Gerona, dispuso el orgulloso conquistador que el primer cuerpo, mandado por el mariscal Victor, y el quinto á las órdenes de Mortier, que habian ido con José desde Madrid á Sevilla, permaneciesen ocupando el territorio que media desde esta última ciudad hasta Chiclana, delante de la Isla de Leon; que el cuerpo de Sebastiani continuase entre Granada y Málaga, y que el del general Regnier, apostado sobre el Tajo, el del mariscal Ney, que ocupaba á Castilla la Vieja, con la division del general Kellermann, y el de Junot que acababa de tomar á Astorga, se preparasen á invadir nuevamente el Portugal por el norte y el este, despues de establecer de antemano almacenes y depósitos en las plazas fronterizas. Para el éxito completo de esta expedicion, el cuerpo de Victor, que sitiaba á Cádiz, adelantaba destacamentos hasta Ayamonte, y el de Sebastiani, despues de contener las provincias de Granada, Málaga y Murcia, avanzaba con sus correrías hasta Gibraltar. Todos estos numerosos ejércitos se hallaban en comunicacion, no formando realmente mas que una sola línea de operaciones combinadas.

No se limitaron á esto las disposiciones tomadas por el emperador para conseguir su objeto: adoptó á mas otras muchas, y en tanto grado, que, como dice un historiador contemporáneo, jamas se habian desplegado mas medios, ni hecho tantos preparativos en las últimas guerras de la Francia con el Austria, Prusia y Rusia. ¡Tan grande era el deseo que tenia Napoleon de invadir el Portugal y destruir el ejército anglo-lusitano que lo defendia! Y en medio de tantos preparativos, cuando tan próxima estaba ya la ejecucion de una empresa árdua en sí misma, á la que tan inmensa importancia daba el emperador y que tan justamente reclamaba su presencia, per-

manecía él inactivo en las Tullerías, limitándose únicamente á dar desde ellas sus órdenes. Pasma seguramente tan estraña conducta. Bonaparte, aquel hombre activo, diligente, emprendedor, que en alas de su ambicion habia pasado y repasado tantas veces los Alpes, volado á Egipto y atravesado los confines de la Alemania; aquel hombre que sabia por una larga esperiencia el májico influjo que ejercia su persona en medio de sus ejércitos, y que á aquella y á las palabras de fuego que salian de su boca, y que tanto electrizaban á sus soldados, debia mas que al número y valor de estos la mayor parte de sus victorias; aquel guerrero intrépido al cual no podia ocultarse haber sido su solo valor la causa á quien debió los laureles de Marengo, y cuya actividad y diligencia fueron las que en las márgenes del Rhin y del Elba le pudieron hacer repetir mas de una vez el célebre *veni, vidi, vici* del competidor de Pompeyo; ese hombre estraordinario, decimos, se mantenía quieto en las orillas del Sena, cuando tan necesario era en las del Tajo. ¿Qué causa pudo motivar tal apatía? Sus historiadores y panegiristas callan sobre este punto, y él mismo nada satisfactorio nos dice acerca de él en sus Memorias. Necesario es dejar la investigacion de su causa á la contingencia de las opiniones. La nuestra es, que las dudas que agitaban á aquel genio sobre el éxito de la lucha en la Península, fueron el único motivo de tan inesperada inaccion. Acostumbrado el emperador á marchar de triunfo en triunfo, y ansioso de que la historia no tuviera nunca que escribir la palabra *derrota* al lado de su nombre, no quiso esponerse esta vez á anublar acaso su gloria en la contienda de la Península ante los pabellones británicos, y concretándose á trazar desde su gabinete el plan para destruir á sus enemigos, creyó asegurar de este modo el brillo de su reputacion, esperando que siempre la fama atribuiria la victoria á sus disposiciones, y la derrota, si llegaba á haberla, á la mala estrella ó al desacierto de sus mariscales. Se olvidó Napoleon al formar este cálculo que hay una justicia en el cielo, de la cual intentaba en vano huir recatándose de la Península y acercándose mas á Waterloo. ¡Asi el que le suceda algun dia en la mision suprema que él no quiso desempeñar, acierte á penetrarse mejor de su alto y elevado destino! ¡Asi la terrible leccion que nos da el atahud de Santa Helena haga que otro hombre de genio, si la naturaleza le aborta á semejanza de Napoleon, le imite solamente en lo grande, y no en encadenar las naciones, sacrificando á una ambicion bastarda la libertad y el porvenir del pueblo!





Perez lit.^o

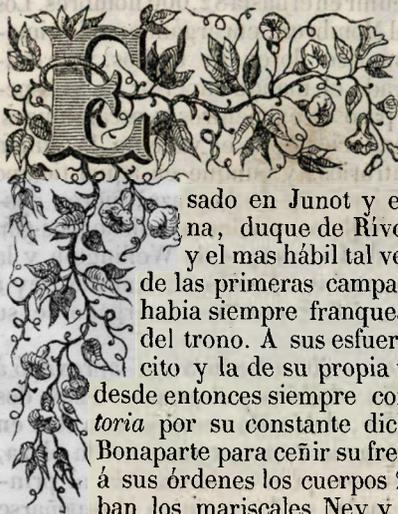
Lit.^a de Perez y Donon.

MASSÉNA.



CAPITULO IV.

Napoleon nombra al mariscal Massena para la conquista de Portugal: poderoso ejército destinado á este objeto.—Sitio de Ciudad-Rodrigo: su gloriosa defensa: su rendicion.—El general Regnier es rechazado por las tropas españolas.—Invasion de Portugal.—Estado de aquel reino.—Fuerzas que componen el ejército anglo-lusitano: sus posiciones en Portugal.—Puntos que ocupa el ejército frances.—El mariscal Ney obliga á los ingleses á abandonar el fuerte de la Concepcion.—Accion sobre Almeida.—Retirada del ejército ingles al valle del Mondego.—Disposiciones de lord Wellington.—Sitio y toma de Almeida.



El estado imponente de las armas francesas en la Península avisó á Napoleon que era llegada la por él deseada época de pensar seriamente en la conquista de Portugal. Fluctuó mientras tanto su ánimo en la eleccion del mariscal á quien podia confiar tamaña empresa, y despues de haber pensado en Junot y en Ney, se decidió al fin por el mariscal Massena, duque de Rivoli y príncipe de Essling. Era este el mas antiguo y el mas hábil tal vez de sus generales, su constante compañero desde las primeras campañas de Italia, y el que con su espada y talento le habia siempre franqueado las sendas de la victoria y allanado las gradas del trono. A sus esfuerzos y serenidad debia la salvacion de todo el ejército y la de su propia persona en la célebre batalla de Essling, dándole desde entonces siempre con entusiasmo el título de *hijo predilecto de la victoria* por su constante dicha en las batallas. Tal fué el hombre elegido por Bonaparte para ceñir su frente de laureles en los campos lusitanos, poniendo á sus órdenes los cuerpos 2.º, 6.º y 8.º del ejército frances, que mandaban los mariscales Ney y Junot y el general Regnier, componiendo entre los tres un total de 82,000 hombres.

El mariscal Soult, que tenia bajo su direccion otros tres cuerpos de ejército en el sur de España, recibió órdenes para cooperar con diversiones al éxito de la conquista del Portugal, y otro cuerpo, con la denominacion de 9.º, se reunió tambien en Valladolid para reforzar y sostener en caso de necesidad al ejército invasor de aquel reino.

Luego que Massena procedente de Paris llegó á Salamanca y pasó revista al 6.º y 8.º cuerpo, á las órdenes de Ney y Junot, en número de 65,000 hombres, su primer cuidado fué apoderarse de la plaza de Ciudad-Rodrigo. Esta plaza, situada en el reino de Leon, á las márgenes del rio Agueda, á 46 leguas al oeste de Madrid, 16 de Salamanca y 5 de las fronteras de Portugal, es

no mas que de tercer órden, y su fortificacion es antigua, irregular y defectuosa. Está circuida de posiciones que facilitan su ataque y dificultan su defensa, tales como el teso ó altura de San Francisco, que domina enteramente las murallas por su izquierda, los dos arrabales de San Francisco y del puente, el convento de Santa Cruz, que linda con el glásis de la plaza, y varias hondonadas y barrancos que permiten aproximarse á esta ocultamente por muchas partes á distancia de tiro de pistola: tales son tambien las huertas llamadas de Samaniego por el lado izquierdo, y la de Céspedes por el derecho, que proporcionan una segura emboscada al sitiador; tales, en fin, las canteras, el convento bajo de San Agustin, los molinos de Barragan y de los Cañizos, y diferentes alamedas muy antiguas y crecidas. Todos estos sitios son allí otros tantos abrigos que se ofrecen al sitiador para dirigir á cubierto sus ataques, sin que los sitiados puedan defender sus muchos puestos exteriores, á no ser perdiendo mucha gente.

Hemos dicho antes que el gobernador de ciudad Rodrigo, D. Andres Perez de Herasti, se negó á la intimacion que relativamente á rendirse le hizo el mariscal Ney en 10 de febrero. Determinado ahora á defenderse hasta el último estremo lo mismo que entonces, contaba con el entusiasmo del vecindario, que ascendia á cinco mil almas, y con el valor y denuedo de la guarnicion, compuesta de 5,498 hombres; sin que por eso desconociera el inteligente gobernador que, á pesar de las obras últimamente practicadas en varios puntos, como en los conventos de Santo Domingo, San Francisco y Santa Cruz, no podia resistir la plaza mucho tiempo á fuerzas tan superiores como las que la amenazaban. La proximidad del ejército ingles á la frontera no le hizo tampoco concebir esperanza alguna de auxilio, pues la intencion del general británico era bien conocida desde que se retiró á Portugal, siendo su movimiento sobre el Agueda perjudicial á Ciudad-Rodrigo, pues hizo á los franceses aglomerar tal número de tropas para su asedio, que llegaron á reunir en él hasta 82,000 hombres. Los gefes eran los mariscales Ney y Junot y el general Mombrun, encargándose el primero del mando, ansioso de añadir una hoja mas á su rico florón de trofeos, y de dulcificar algun tanto su disgusto por no haber logrado el mando superior de la expedicion contra Portugal. Todo el mes de mayo se pasó en encuentros y escaramuzas, favorables muchas veces á los nuestros que, conducidos por el valiente D. Julian Sanchez, se burlaban de la presuncion de los contrarios; y aunque en aquel tiempo intimaron los imperiales hasta dos veces la rendicion á los de la plaza, fueron despreciadas sus comunicaciones. Mas habiendo llegado Massena á fines de dicho mes con nuevas tropas destinadas á estar en observacion de los cuerpos de Wellington y la Carrera, que se hallaban en Fuente-Guinaldo y sus inmediaciones, empezó Ney á obrar con actividad en la formacion del sitio con el 6.º cuerpo, encargado de su realizacion.

El cuerpo del general Regnier, que se hallaba en Estremadura, se aproximó á Coria, y el de Junot se estableció entre San Felix el chico y el grande. Estos dos cuerpos cubrian las operaciones del ejército sitiador, debiendo reunirse con este en el inesperado caso de que el ejército anglo-portugues intentase socorrer la plaza, aunque Massena no temió jamas semejante movimiento, pues como escribia al principe de Neufchatel, no creyó nunca que el caudillo ingles se determinára á empeñarse con él en batalla campal. Bien conocia el experimentado mariscal al enemigo que tenia delante, pues lo que menos pensó el general británico fué en socorrer á Ciudad-Rodrigo, ó en medir por entonces sus armas con el ejército frances, cuya destruccion le garantian, sino con gloria, al menos con seguridad, las inespugnables posiciones que tenia á sus espaldas.

El mariscal Ney en 8 de junio embistió decididamente la plaza; pero la guarnicion defendió sus puestos avanzados con extraordinario valor.

El enemigo principió sus trabajos en el teso de San Francisco, y los continuó, no sin dificultad, hasta que en la noche del 15 al 16 logró abrir la trinchera desde el principio de dicha cima, por frente del mismo convento, hasta la casa principal de la huerta de Samaniego. Adelantaba tambien al mismo tiempo sus posiciones por la

derecha y frente de la plaza, desde el molino de los Cañizos, por la huerta llamada de Céspedes, la Cantera y San Agustín el viejo: sitios todos que tuvo que ir ganando á palmas y á costa de mucha sangre.

El 22 de junio había ya avanzado el sitiador sus líneas considerablemente y situado muchos emplazamientos y apostaderos hasta tiro de pistola de la plaza, quedando esta cercada por todas partes, y no pudiendo la caballería de su guarnición salir á forragear, ni ser en ella de utilidad alguna. Escaseaban además las subsistencias para mantenerla, y según el aspecto que presentaban las cosas, iba á perecer sin fruto dentro de la plaza una fuerza que fuera de ella podía seguir prestando á la patria los más eminentes servicios. En su consecuencia, reunió el gobernador una junta de gefes y autoridades, quedando acordado que el coronel D. Julian Sanchez, que con su brillante partida de lanceros había sostenido con el mayor tesón los puestos avanzados, rompiendo por las líneas enemigas, marchase á incorporarse con la división del general la Carrera, que estaba entonces en la Alameda y Martiago. Esta empresa, que por sí sola forma el elogio más cumplido de Sanchez y de su partida, pues que solo podía encomendarse á hombres tan arrojados é intrépidos como los que aquel gefe acaudillaba, fué ejecutada con la mayor valentía y resolución, saliendo Sanchez de la plaza á las once de la noche de aquel mismo día por la dehesa de Martín-Hernando, sorprendiendo con el mayor denuedo las centinelas y puestos avanzados del enemigo, forzando sus tres líneas, matando y arrollando á cuantos se le pusieron delante, y logrando por fin incorporarse con las tropas españolas.



SALIDA DE DON JULIAN SANCHEZ.

El 23 avisaron los vigías establecidos en la torre de la catedral que en el campo enemigo se observaban movimientos extraordinarios, y que desde sus trincheras se preparaban los franceses al ataque. En efecto, verificóse este á las doce y media de aquella misma noche, á cuya hora dos fuertes columnas de infantería, sostenidas por otra de caballería, acometieron el arrabal de San Francisco por derecha é izquierda, dirigiéndose sobre los conventos de Santo Domingo y Santa Clara, cuyas guarniciones contestaron con un vivo fuego, el cual, sostenido por la artillería de la plaza, que descargaba á metralla sobre los sitiadores, bastó para rechazarlos comple-

tamente y hacerles desistir de su intento. Al mismo tiempo una columna de trescientos hombres se dirigió á atacar el arrabal, si bien fué repelido muy pronto, conociéndose luego que era una llamada falsa para distraer la atencion del verdadero ataque, que con tres numerosas columnas verificó el enemigo contra el convento de Santa Cruz, que incendió por todos lados, escalando sus tapias y volando con barriles de pólvora su puerta principal para introducirse en la iglesia. Puso á esta el frances fuego igualmente valiéndose de camisas embreadas, y luego trató de asaltar el resto del edificio defendido por cien soldados españoles del regimiento de voluntarios de infantería de Avila, los cuales no tan solo le rechazaron en cuantos asaltos intentó, sino que habiendo formado de antemano, á prevencion, una cortadura en la escalera de subida, teniéndola cubierta con tablones, quitaron estos en el momento que pasaba por encima una compañía de granaderos franceses, conducida por un oficial que con el mayor denuesto los mandaba, con el sable en una mano y una hacha de viento en la otra. Dicho oficial y los que acaudillaba cayeron prisioneros todos y fueron muertos por los defensores. Estos, rodeados de llamas por todas partes, pues la voracidad del fuego consumia enteramente la iglesia, se mantuvieron firmes largo rato con la mayor serenidad, hasta que despues de dos horas y media, viendo el enemigo que no podia lograr su objeto, y que llevaba perdida mucha gente, desistió de su empeño y se retiró, llevándose multitud de cadáveres, y dejando el campo de batalla regado con su sangre, al paso que la guarnicion española no tuvo sino cinco soldados y un sargento muertos, y cuatro oficiales y diez soldados heridos. A la mañana siguiente volvieron los sitiados á ocupar sus anteriores posiciones, con la gloria de haber rechazado tan terrible ataque y de haber hecho pagar bien cara á los enemigos su atrevida tentativa, con la que tan solo lograron incendiar los edificios del arrabal, del puente y convento de Santa Cruz, mas sin conseguir la ocupacion de ninguno de los puntos atacados.

Redoblaron los sitiadores su actividad á vista de tan obstinada defensa, ocultando su artillería gruesa, hasta que en la noche del 25 descubrieron siete baterías con cuarenta y seis piezas entre cañones, morteros y obuses, colocadas de modo que cubrian toda la línea, desde el teso hasta el jardin de Samaniego. Al amanecer de dicho dia rompieron un fuego general contra la plaza, arrojando balas rasas, bombas y granadas á la ciudad con tanta furia, que en las seis horas primeras dispararon mas de 3,000 tiros. La plaza respondió inmediatamente con empeño el mas decidido, y todo el vecindario se puso en movimiento, acudiendo unos al servicio de las bombas para apagar los incendios, otros á conducir municiones á las baterías y otros á llevar heridos al hospital, en cuyos servicios se señalaron las mugeres y hasta los niños que, estimulados por el ejemplo de sus padres, acompañaban á estos en sus patrióticas tareas. Los gefes y autoridades animaban á los defensores, recorriendo los puntos de mas peligro. Durante aquella noche menudearon de tal modo las bombas y granadas, que en pocas horas no parecia presentar la ciudad sino un triste monton de ruinas.

El 26 y 27 empezó el sitiador á batir en brecha el torreón del Rey, logrando al fin derribarlo completamente.

El continuo fuego de la plaza causaba tambien bastante daño al enemigo, y tanto que en la mañana del 28 le voló cinco repuestos de municiones de sus baterías, cuya esplosion fué muy considerable, principalmente en uno de ellos, que quedó enteramente destruido; pero no por eso cesaba el enemigo en sus trabajos y activo fuego. Al amanecer del 28 batieron los franceses con el mayor teson el punto de la brecha, apurando bastante á la ciudad, si bien no consiguió por entonces que la brecha quedase accesible. A las dos y media de la tarde suspendieron los franceses el fuego y enviaron un parlamentario á la plaza con un pliego del mariscal Ney, en el cual, á nombre de Massena, se intimaba la rendicion al gobernador, añadiendo de palabra el oficial parlamentario, que su general permitia se despachase un correo al caudillo ingles, para cerciorarse de que la plaza no debia esperar ser socorrida por aquel ejército á pesar de su proximidad. El gobernador de la plaza aceptó esta última parte, pero se

negó con firmeza á la capitulacion que se le proponia, reservándose contestar lo que correspondiese hasta la vuelta del correo que debia despacharse á Wellington, durante cuya diligencia, añadió, podrian suspenderse las hostilidades. Esta respuesta irritó tanto al mariscal Ney, que mandó romper inmediatamente contra la plaza el fuego mas horroroso, contestándole la artillería de esta y continuando el ataque con el mayor encarnizamiento. Aquella misma noche colocaron los sitiadores cuatro baterías á sesenta toesas de la muralla, las cuales causaron en ella gran estrago, volando la contra-escarpa y la falsabraga, quedando al fin la brecha bastante practicable.

El 2 de julio, estando ya la brecha muy adelantada, y conociendo los sitiados que el principal ataque del enemigo se dirigia contra el arrabal de San Francisco, juzgaron prudente retirar la tropa que lo defendia, reforzando con ella la guarnicion de la plaza, y dejando en aquel solamente 50 hombres de observacion.

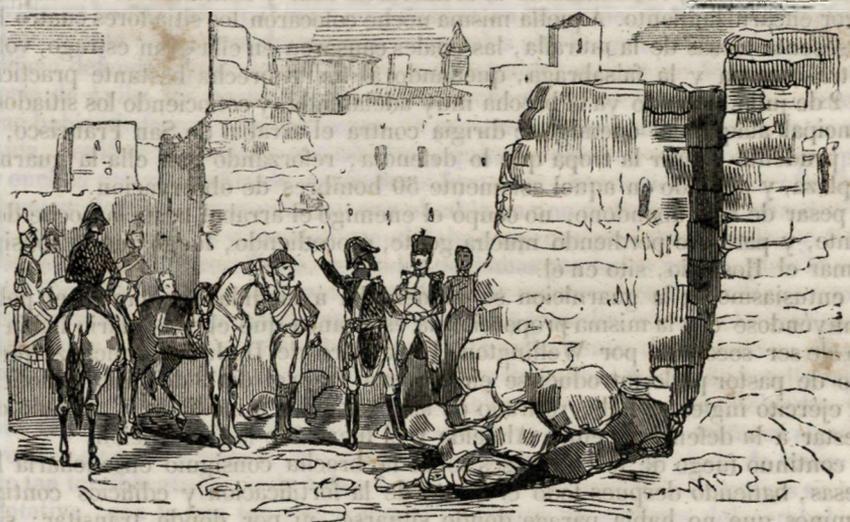
A pesar de este abandono, no ocupó el enemigo el arrabal hasta la noche del dia siguiente, y para eso perdiendo mucha gente, procediendo, luego que lo consiguió, á quemar el Hospicio, sito en él.

El entusiasmo de la guarnicion se aumentaba á medida que crecia el peligro, disminuyéndose con la misma proporcion la esperanza que el vecindario habia concebido de ser socorrido por Wellington. Un lancero de D. Julian Sanchez, que disfrazado de pastor pudo introducirse en la plaza, trajo el dia 9 de julio la noticia de que el ejército ingles se habia retirado de las posiciones inmediatas y tomado otras, para estar á la defensiva, entre Almeida y el fuerte de la Concepcion.

El continuo fuego de los franceses sobre la brecha consiguió ensancharla hasta 20 toesas, batiendo despues todo el frente de la fortificacion y edificios contiguos, en términos que no habia parage donde situarse, ni por donde transitar; siendo necesario en la mañana del 9 replegar sobre su derecha é izquierda las compañías de granaderos y demas tropas que guarnecian el ancho boqueron, no siéndoles posible sostenerse en aquel punto, por el diluvio de balas, bombas y granadas que caian sobre él, y le enfilaban por todas partes, robando el libre espacio necesario para colocar un solo hombre sin peligro de perecer, siendo alli tan inminente ese riesgo, que en las cuatro horas primeras desde el amanecer perdió la guarnicion cerca de 200 hombres y siete oficiales entre muertos y heridos.

La plaza se hallaba en la mayor consternacion, sin víveres mas que para tres dias, sin tener ya donde colocar los muchos heridos que cada instante aumentaba el fuego enemigo, y sin poder el gobernador efectuar el plan que habia concebido de abrirse paso con la guarnicion por entre las falanges contrarias, plan á cuya realizacion se opuso el vecindario con la mas decidida energia. Puesto aquel digno gefe en tal apuro, y viendo los habitantes que las columnas enemigas se preparaban para el asalto, y que si se daba lugar á él serian ellos los primeros en ser víctimas del furor que animaba á los sitiadores, conoció el ningun fruto que podia producir el dilatar la rendicion algunas horas. Convocó, pues, una junta de autoridades y gefes, la cual se celebró en la mañana del dia 10, resolviéndose en ella que luego que los enemigos indicasen con sus movimientos querer proceder al asalto, se enarbolase bandera parlamentaria, redimiendo al pueblo del sacrificio que le amenazaba. Asi se verificó á las seis de aquella misma tarde, enviando los nuestros al campo frances un parlamentario, el cual volvió al poco rato anunciando al gobernador de la plaza que el mariscal Ney le esperaba en persona al pié de la brecha, para tratar sobre la capitulacion. El gobernador marchó al punto indicado, hallando en él al mariscal Ney, que rodeado de su estado mayor y demas gefes de su ejército le recibió con toda urbanidad y consideracion, tributando elogios á los defensores de la plaza, y añadiendo que nada tenia que hablarse en orden á capitular, pues todas cuantas honoríficas distinciones se conceden en semejantes casos las acordaba desde luego al acreditado valor de la guarnicion, asi como al tino de haber el gobernador esperado para parlamentar el momento crítico y preciso de estar acabándose el plazo en que podia hacerlo segun las leyes de la guerra, despues de haber llenado dignamente las del honor y la fidelidad.

Esta capitulacion verbal fué garantida por la palabra de honor del mariscal Ney, el cual la dió públicamente, al mismo tiempo que la mano al gobernador español.



RENDICION DE CIUDAD-RODRIGO.

En su consecuencia, las tropas francesas ocuparon las puertas de la ciudad, retirándose á sus cuarteles la guarnicion española, hasta el dia siguiente 11, en que despues de desfilar, rindió sus armas como prisionera de guerra. Perdieron los nuestros durante este memorable sitio 1,400 hombres, habiendo durado el cerco sesenta y siete dias, desde el 25 de abril hasta el 10 de julio de 1810: la plaza fué embestida y atacada por tres cuerpos del ejército frances, en número de 82,000 hombres, y cañoneada sin interrupcion en todas direcciones, durante diez y seis dias, por 46 bocas de fuego, abriendo en ella tan enorme brecha, que el gobernador y su estado mayor bajaron por ella á capitular y por ella volvieron á subir. Los franceses encontraron en la plaza 86 cañones, una gran cantidad de pólvora y 420,000 cartuchos.

El rey premió esta heroica defensa concediendo á los que estuvieron en ella una cruz de distincion con esta leyenda: *Valor acreditado en Ciudad-Rodrigo.*

El mariscal Massena se propuso permanecer en los alrededores de Ciudad-Rodrigo hasta que repasase el Tajo el general Regnier con el segundo cuerpo del ejército frances. Éste, con ánimo de envolver al coronel Murillo, que se hallaba en Burguillos, y atacar al brigadier Imáz, que estaba en Jerez de los Caballeros, se puso en marcha desde Mérida y Almendralejo en número de 11,000 hombres. El 5 de julio avistó Murillo á los franceses, y despues de causarles alguna pérdida se retiró sobre Jerez, cuyo punto fué atacado el mismo dia por Regnier, resistiendo los nuestros con vigor, hasta que conociendo Imáz la imposibilidad de sostenerse, no teniendo mas que 3,000 hombres, se dirigió á Encinasola para reunirse al general Ballesteros. Los franceses perdieron en estos encuentros 800 hombres, siendo insignificante la pérdida de los españoles.

Despues de estas acciones, pasó Regnier á la derecha del Tajo para, á las órdenes de Massena, dar principio á la invasion del reino lusitano, reino que á haber estado reducido á sus fuerzas, hubiera tardado muy poco en sucumbir á los invasores: pero apoyado por auxiliares poderosos, y dirigido por gefes que, aunque est-

trangeros, se ostentaban ambiciosos de gloria y ardian en deseos de humillar á sus aborrecidos rivales, podia lisonjearse con la esperanza de sostener vigorosamente la causa de su independencia. Esta dicha no la logró sin embargo, sino á costa de grandes pérdidas, sinsabores y humillaciones; porque, tanto los caudillos que conducian á sus soldados, habituándolos al uso de las armas y ejercicios bélicos, como los políticos que con sus consejos mejoraban su régimen interior, ó subvenian á las penurias de su hacienda, creian tener derechos de preferencia sobre los naturales, y los portugueses se veian precisados á concedérselos por deferencia y gratitud. La energía y superioridad de lord Wellington hacia enmudecer á los quejosos, tenia en vergonzosa dependencia á la regencia de aquel reino, y trataba á la nacion portuguesa como si fuese pueblo conquistado. ¡Injusto desquite con que los pueblos poderosos se reintegran de la proteccion que prestan á los débiles!

Wellington, gefe supremo de toda la fuerza armada anglo-portuguesa, disponia de ella sin intervencion alguna del gobierno, y el almirante ingles Berkeley tenia la marina á su cargo con omnímodas facultades. El primero, despues de habersele separado el general español la Carrera, disgustado con él por su negativa á auxiliar á Ciudad-Rodrigo, reunia bajo su mando un total de 82,000 hombres: 26,000 de su nacion, 30,000 del ejército portugues y 26,000 de milicias del pais, no contándose en estas fuerzas las llamadas *ordenanzas*, especie de cuadrillas de paisanos, mal armados y faltos de disciplina; pero llenos de valor y entusiasmo. Tal era el estado de Portugal cuando los franceses llegaron á sus fronteras.

El primero que puso el pié en ellas fué el general Regnier, el cual marchó sobre Castelobranco á amenazar el flanco derecho del ejército ingles. Este se concentró sobre Almeida desde el 25 de junio, estableciendo allí su cuartel general. Su fuerza estaba distribuida en cinco divisiones, de las cuales la primera, á las órdenes del general Spencer, ocupaba á Celorico, pueblo distante casi veinte millas del grueso del ejército frances: la segunda, mandada por el general Hill, se hallaba colocada como cuerpo central sobre las montañas de Portalegre, el Tajo y el Guadiana, desde donde observaba las fronteras de España: la tercera, á las órdenes del general Cox, estaba situada en Guarda, que era la principal posicion, distante veinte millas de las líneas francesas: la cuarta, á las órdenes del general Picton, ocupaba el pueblo de Pinhel, y la quinta, mandada por el general Crawford, se hallaba colocada á la mitad del camino, entre el cuerpo principal del ejército ingles de la Guarda y el ejército frances que ocupaba á Ciudad-Rodrigo, es decir, distante cerca de diez millas de uno y otro punto; pero esta última division no estaba fija, y avanzaba á veces hasta San Felices de los Gallegos, ó retrocedia segun lo exigian las circunstancias. Lord Wellington trasladó su cuartel general á Viseo. Las tropas portuguesas, mandadas por el mariscal Beresford, se reunieron al duque de Wellington en julio, y desde aquel momento comenzó éste á poner en ejecucion el sistema de defensa que durante su permanencia en Sevilla el invierno de 1809 habia concertado con su hermano el marqués de Wellesley: plan seguido con perseverancia por el gobierno ingles, obedecido por la regencia de Portugal y llevado á cumplido término por el susodicho Wellington.

Para apreciar mejor la invasion de las provincias septentrionales de Portugal y las operaciones defensivas de lord Wellington, es preciso dar algunos detalles topográficos, si bien con laconismo y brevedad. Portugal nos es generalmente desconocido.

Desde la posicion principal del ejército ingles en la Guarda, hasta la ciudad de Lisboa, media una distancia de 190 millas, es decir, casi veinte dias de marcha. Tres caminos reales guian desde Lisboa á las fronteras de España, el primero por Abrantes, en el cual está situada Santaren, plaza distante 40 millas de Lisboa, que por su situacion elevada es sumamente fuerte, y dominando el camino real por el E. forma la primera defensa de Lisboa contra el que intente penetrar hasta ella por el camino de España. Hállase flanqueada al S. E. por el Tajo, y al N. E. por sierras muy escarpadas, estando ademas reforzada con fortificaciones, cuyo objeto es cerrar el camino entre las alturas y el río.

El segundo puesto que, siguiendo el camino real del E. hay mas importante aun que Santaren, es Abrantes, que dista 30 millas de Lisboa y 120 de Guarda; esta ciudad, situada muy cerca del Tajo, fué campo militar romano, circunstancia que su fuerza natural indica bastante, y á esa fuerza nada habia el arte añadido.

Villa-bella es tambien otra posicion militar y campamento romano sobre el paso del Tajo, cuyo rio corre al traves de las montañas que la circundan.

Castelobranco, que sirvió tambien de campo romano, está situada al extremo del otro desfiladero, y el pais que la rodea ofrece posiciones tan inespugnables, que puede considerarse como un gran campamento fortificado. Su ciudadela y murallas se hallaban entonces arruinadas y en estado de no poder sostener un sitio.

A la mitad del camino de Castelobranco á Guarda se encuentra Cobilha, y desde este punto empieza el pais á ser mas montuoso, formándose en él las sierras llamadas de la Estrella, en las cuales se ostenta, inmediata á Cobilha, una eminencia elevada, 6,000 piés sobre el nivel del mar. Esta ciudad, situada en una posicion tan escarpada, era en caso de retirada sumamente ventajosa para oponerse á los progresos del enemigo. Desde Cobilha sigue de montaña en montaña elevándose el terreno hasta Guarda, poblacion situada sobre uno de los montes de la sierra de la Estrella, cerca del nacimiento del Mondego, en términos que al divisarse de lejos parece un simple campanario colocado sobre la cima de una montaña. Los caminos que conducen á esta ciudad estan abiertos á traves de las rocas, y se ven rodeados de abismos, siendo por tanto aquella una de las plazas mas fuertes de Portugal. Asi fué que Wellington, mientras pudo proporcionarse las subsistencias necesarias, permaneció tranquilo en esta posicion, seguro de que la naturaleza bastaria á defenderle en ella de todo el poder de la Francia. Desde Guarda á Ciudad-Rodrigo, en donde el mariscal Massena fijó por mucho tiempo su cuartel general, no hay mas que 25 millas, y esa distancia la hacian mas corta ambos ejércitos, los cuales tenian tan avanzadas algunas de sus divisiones, que estaban mutuamente á la vista, divisando los ingleses desde las alturas de Pinhel, Celorico y Guarda las líneas del ejército frances en los llanos de Ciudad-Rodrigo. Una y otra caballería cambiaba á cada momento de posicion, y tan pronto marchaba adelante como se retiraba, encontrándose mas de una vez sus partidas en los llanos de Ciudad-Rodrigo, y verificándose varias escaramuzas con diversos éxitos.

Las posiciones del ejército ingles estaban tomadas de modo, que si este se via en precision de retirarse en el curso de la campaña hácia la ciudad de Lisboa, lo podia verificar sin peligro de ser cortado.

El ejército frances por su parte tenia sus posiciones ordinarias en las llanuras que estan á la falda de las montañas en que se hallaba acampado el ejército anglo-portugues, llanuras en que existen situadas las ciudades de Badajoz y Ciudad-Rodrigo, y algo mas distante Alcántara; y aunque no todas las divisiones francesas se hallaban estacionadas en el llano, su colocacion era tal, que les era fácil reunirse todas ellas antes de poder ser obligadas á una accion general.

Tal era el estado de Portugal, y tales las posiciones de los ejércitos beligerantes, cuando Massena, resuelto á empezar ya sus operaciones relativamente á aquel reino, mandó el 21 de julio al mariscal Ney verificase un réconocimiento sobre el fuerte de la Concepcion, fuerte que el general Crawford se vió precisado á abandonar despues de volarlo. Mas sería fué la accion del 24 del mismo mes sobre Almeida, en que atacado el mismo general Crawford por siete mil franceses de infantería y tres mil caballos, fué vencido por el número, aunque se defendió con teson, retirándose luego hácia el puente de Coa, en donde tomando posicion, causó bastante pérdida al enemigo, rechazándole por tres veces, aunque al fin tuvo que retirarse de nuevo con su division sobre Cobilha, despues de haber perdido cuatrocientos hombres. Este resultado, de tan mal presagio para el próximo sitio de Almeida, á cuya vista tuvo lugar, no lo produjo solo la disparidad de las fuerzas: contribuyó tambien á él el poco acierto del general ingles en la colocacion de las suyas.

Lord Wellington, inflexible en seguir el plan de campaña que se habia trazado,

hizo que su infantería se retirase al valle del Mondego, no dejando en Guarda mas que una division y alguna caballería avanzada para vigilar los movimientos del enemigo sobre el Coa.

Mientras el general en gefe británico estuvo ocupado en hacer no mas que demostraciones sobre las fronteras de España, escitando inútilmente esperanzas en los desgraciados habitantes de Ciudad-Rodrigo, hizo construir tres líneas de atrincheros delante de Lisboa, las cuales, rodeando la capital y sus inmediaciones, se extendian por espacio de mas de doce leguas desde el mar hasta el Tajo. A estas fuertes é inespugnables trincheras habia proyectado Wellington retirarse, aprovechando en ellas los recursos del pais que defendian, y dando tiempo para recibir los que esperaba de Inglaterra. Para completar su plan, mandó destruir las cercanías de Coimbra, talando demas de eso el territorio que se proponia abandonar, á fin de que privado el enemigo de todo recurso, pudiera la flema británica desde sus inaccesibles posiciones presenciar la paulatina destruccion del ejército frances, y gloriarse en la desesperacion que debia causar en aquellos intrépidos guerreros la vista de un pais árido y desierto en que iban á sepultarse sus glorias, sin hallar enemigos á quienes combatir.

A la retirada del general Crawford debia inmediatamente seguirse el sitio de Almeida, plaza fuerte y una de las principales de Portugal, situada en la cumbre de una alta montaña, ó mas bien sobre un plano muy elevado, á 113 millas al N. E. de Lisboa. Esta plaza, muy bien fortificada, abastecida de todo lo necesario y con una guarnicion de cuatro mil soldados, que mandaba el general ingles Cox, hacia esperar una defensa que pudiera rivalizar con los heroicos ejemplos que acababan de ofrecerle las inferiores de Astorga y Ciudad-Rodrigo, tanto mas cuanto habiendo sido embestida el 21 de julio, no habian los sitiadores adelantado sus trabajos hasta mediados de agosto; pero desgraciadamente frustró todas las esperanzas que pudieron hacer concebir las ventajas que en sí reunia, y al poco tiempo de comenzado el sitio, sucumbió sin fama y sin gloria.

A mediados de agosto trataron los franceses de formalizar el cerco de Almeida, y en la noche del 15, al abrigo de un falso ataque, abrieron la primera paralela, que sin embargo del fuego de la plaza quedó concluida el 19. Desde el 20 al 23 construyeron once baterias, habiendo abierto el 24 una segunda paralela á menos de 450 toesas. Al amanecer del 26, sesenta y cinco piezas de artillería rompieron el fuego contra la plaza, la cual contestó con calor hasta las cuatro de la tarde, en cuya hora principió aquel á disminuir, volándose á las siete un almacen de pólvora que causó bastantes estragos, los que unidos á la sedicion que al mismo tiempo movió en la plaza su teniente de rey Bernardo de Costa, bastaron para que la ciudad capitulara al dia siguiente. La guarnicion quedó prisionera, con todos los honores de la guerra, rindiendo las armas sobre el glásis. Los franceses entraron en la plaza, admirándose de tan fácil conquista los que tan acostumbrados estaban á no penetrar en las desmanteladas ciudades españolas, sino por entre montones de ruinas. La posesion de Almeida dió al ejército invasor noventa y ocho piezas de artillería de plaza y siete de campaña, trescientas mil raciones de galleta, cien mil de pescado salado y gran cantidad de toda especie de víveres.

Mil y doscientos milicianos portugueses, y algunos soldados de la misma nacion del regimiento número 24 de línea, se pasaron en esta ocasion á las filas francesas, volviendo las armas contra su patria. Este hecho, que tanto escitó la admiracion y aun la desconfianza del mariscal Massena, esplica bien el descontento de una gran parte del pueblo portugues, por las vejaciones que sufría de los ingleses, á los cuales odiaba tanto como antes habia aborrecido á los franceses, cuando la primera invasion.

CAPITULO V.

Continuacion del anterior.—Entra el ejército frances en Guarda.—Retirada del ejército ingles.—Lord Wellington obliga á los habitantes á abandonar el pais.—Los franceses hallan desierta la alta Beira: se dirigen sobre Coimbra: llegan á Viseo.—El general Wellington se sitúa en las alturas de Busaco.—Llega Massena enfrente de él.—Accion de Busaco.—Desfilia el ejército de Massena.—Retirada de las fuerzas aliadas.—Abandono de Coimbra.—Entra en ella el ejército frances.—El coronel Trant sorprende y toma á Coimbra.—Massena sorprende algunas fuerzas inglesas.—Lord Wellington se sitúa en Torres-Vedras: descripcion de estas posiciones.—Sitúase Massena delante de ellas.—Refuerzos que recibe el ejército aliado: incorpórasele el marques de la Romana.—El ejército frances toma posiciones: hambres y privaciones que experimenta.—Las milicias portuguesas obligan á rendir las armas á una division francesa.—Massena se retira sobre Santaren.—Lord Wellington traslada su cuartel general á Cartaxo.—Recibe Massena refuerzos.—Posicion de los ejércitos beligerantes en Portugal al terminar el año 1810.



A inesperada rendicion de Almeida desalentó á los ingleses; pero su gefe no manifestó el mayor cuidado, atendida la seguridad que le ofrecian las fuertes posiciones que de antemano tenia preparadas, limitándose por lo tanto á esperar el movimiento del enemigo, que contra su

costumbre operaba con tanta lentitud. Eran ya transcurridos dos meses desde la llegada de Massena al ejército, y este célebre mariscal, tan temible por su actividad y diligencia en la sabida jornada de Zurich, no daba al parecer señal ninguna de las prendas que brillaban en él. La disposicion que observaba en los portugueses, el poco conocimiento geográfico del pais, y los muchos obstáculos que de cierto iba á encontrar, teníanle detenido y suspenso, y le obligaban á meditar mucho la manera con que se movia. Al fin, á principios de setiembre, decidióse á emprender su marcha, haciendo salir de Almeida el 5 del mismo mes sus primeras divisiones, las cuales entraron en Guarda á continuacion. Desde entonces puede decirse que comenzó la invasion de Portugal por el valle de Mondego. En su consecuencia, el ejército aliado empezó su retirada lentamente y con buen orden, reuniendo los cuerpos que tenia diseminados por diversos puntos. Al retirarse los ingleses destruyeron todos los puentes y molinos establecidos sobre el Coa.

Una division de milicias portuguesas, mandada por el general Muller, ocupó la fortaleza de Chaves: otra, á las órdenes de Silveira, se colocó sobre la orilla septentrional del Duero, y otra á las del coronel Trant se situó en San Juan de Pesqueria. El objeto de estas divisiones era molestar á los franceses si, como se esperaba, avanzaban por Viseo.

La retirada del ejército aliado fué precedida de una proclama de Wellington, fecha 4 de agosto, bastante injuriosa por cierto para la nacion portuguesa. En ella, despues de presentar el cuadro horroroso de las calamidades que experimentaban los pueblos de las fronteras de Portugal, las atribuia á sus habitantes, cuya apática conducta, decia, les habia impedido abandonar sus domicilios. Luego les advertia que no habia para ellos otro medio de impedir los progresos del enemigo, que adoptar la vigorosa y enérgica medida de quitarle cuantos recursos y medios pudiesen servirle para facilitar su marcha al interior; tras lo cual, refiriéndose á sí mismo, añadia que sus deberes con el príncipe regente de Portugal y hácia la nacion portuguesa le impelian á hacer uso del poder y autoridad de que estaba revestido, para obligar á adoptar este partido á las personas que se manifestasen remisas en hacer los esfuerzos necesarios para salvarse á sí mismas de los peligros inminentes que les amenazaban, y preservar su país de una ruina inevitable; ordenando por conclusion, que los magistrados y empleados del gobierno que se quedasen en las poblaciones despues de haber recibido órdenes de los comandantes militares para salir de ellas, y todos los que mantuviesen comunicaciones con el enemigo ó le auxiliasen de cualquier modo, fuesen considerados traidores, y juzgados y castigados como tales, segun las leyes del país.

En consecuencia de estas determinaciones, que solo despues de dos generaciones podrán ser juzgadas debidamente, dió el mismo general ingles las órdenes mas terminantes para que todo el país por donde debia pasar el enemigo fuese evacuado por todos los habitantes, á los cuales condenaba á morir en la miseria, en el mero hecho de obligarlos á abandonar sus casas y haciendas, y á destruir sus frutos. ¡Plan funesto que consumaba la ruina de Portugal antes que la del ejército frances, y que por grandes que sean sus resultados, lo rechazarán como bárbaro la razon y la humanidad, enseñando á los pueblos lo cautos que deben ser antes de llamar en su ayuda ejércitos extranjeros, únicos que pueden adoptar tan violentas y tiránicas medidas!

Las disposiciones del lord Wellington llenaron entretanto su objeto. Abandonadas las ciudades y aldeas de la alta Beira, destruidos todos los efectos útiles que no pudieron retirarse, el enemigo al invadir aquel territorio se halló como en un verdadero desierto, teniendo ademas cortadas sus comunicaciones con España por las milicias portuguesas y por las partidas de paisanos armados, conocidos allí, como ya dijimos, bajo el nombre de ordenanzas. Una division de esta gente, á las órdenes del coronel ingles Trant, atacó la escolta de la artilleria de reserva del enemigo y de su caja militar, y le hizo muchos prisioneros.

El mariscal Massena habia empezado á marchar por el camino de Ponto-de-Marchelha, sobre la ribera izquierda del Mondego. Todas las posiciones ventajosas de este camino se hallaban fortificadas, y particularmente las que se encuentran en la embocadura del Alba. Massena, queriendo salvarlas, pasó por el puente de Fornos, sobre la orilla derecha del Mondego, y tomó el camino de Viseo á Coimbra. La marcha del ejército frances era triste y sombría, como si atravesára los áridos arenales de la Arabia, añadiéndose á sus penurias la dificultad de transportar su artilleria y equipages, lo cual le hizo perder muchos dias: Wellington por su parte, era acompañado en su retirada de toda la poblacion que de grado ó por fuerza le seguia, facilitándole demas de eso cuanto necesitaba en su marcha.

Entretanto, el general Regnier llegó á Sabugal y Alfayates el 12 y 13 de setiembre, y todo el ejército frances se puso en movimiento el 15 por las villas de Guarda y Celorico, pasando rápidamente las alturas y descendiendo al valle del Mondego. Una fuerte columna enemiga atravesó las montañas de Alberca, que formaban la izquierda de la sierra de Guarda y de Mayal de Chevas. El 16 la caballeria inglesa, á las órdenes de sir Stapleton Cotton, se retiró de Celorico y se dirigió al Valle del Mondego. Wellington tenia ordenado al general Hill, acantonado en Yelves, observar las operaciones de Regnier, y hacer un movimiento sobre la orilla derecha del Tajo para cubrir el camino de Castelobranco á Lisboa. En consecuencia este

general, que habia organizado tambien un cuerpo de reserva bajo las órdenes del general Leite, en vista del movimiento efectuado por Regnier sobre la derecha del Tajo, para cooperar activamente con Massena, hizo otro movimiento correspondiente sobre la misma orilla, y colocándose en Portalegre cubrió desde este importante punto sus comunicaciones con Wellington y la derecha del ejército ingles. La idea de Massena era flanquear la izquierda de este; mas conociéndolo Wellington, emprendió, como hemos dicho, su retirada por el valle del Mondego, y dispuso que los generales Hill y Leyte marcháran á reunirse en el puente Marcelha, sobre el Alba, donde pensaba disputar el paso al enemigo. Pero Massena, luego que penetró este plan, cambió de direccion, como tambien hemos manifestado, y tomando el camino que sigue de Viseo á Coimbra, marchó á esta última ciudad, con objeto de aprovecharse de los recursos que esperaba hallar en ella y en sus inmediaciones, y continuar adelantando hácia Lisboa. Para entorpecer este nuevo movimiento del mariscal frances, trató Wellington de cubrir á Coimbra, no con intencion de permanecer en esta ciudad abierta, en la cual se hubiera visto precisado á sostener una accion campal con el ejército frances, sino para obligar á sus habitantes á que la abandonasen, como hacian los moradores de todos los demas pueblos por donde debia pasar el enemigo.

El 19 de setiembre llegó Massena á Viseo por caminos erizados de rocas, y por un pais que describió bien cuando decia al mariscal Bessieres: «No hemos encontrado «mas que horrendos precipicios; no hemos atravesado sino desiertos, en los «cuales no se ve un alma, habiendo sido todo destruido ó transportado por los fu- «gitivos. Los ingleses han cometido la barbarie de mandar que los habitantes que no «abandonen sus casas, sean fusilados. Ancianos, mugeres y niños, todo huye á nuestra «aproximacion.»

El 21 de setiembre encontróse todo el ejército de Massena concentrado en Viseo, donde tuvo que detenerse tres dias para esperar la llegada de su artillería y equipajes; mientras Wellington, que incierto de la verdadera direccion de sus contrarios habia estado indeciso para elegir posicion, se decidió al fin por la sierra de Busaco, que está perpendicular al curso del Mondego, cubriendo así á Coimbra, sin dejar en Ponto-Marcelha mas que la division del general Hill.

El 24 salió Massena de Viseo, y el 26 llegó delante de las posiciones de Busaco, defendidas por todo el ejército anglo-lusitano, compuesto de cincuenta mil hombres, no contando la division del general Hill.

La sierra de Busaco es una elevada cadena de montañas que desde el Mondego se estiende al N., y sobre cuyo punto mas elevado, á distancia de dos millas de la en que termina, se halla situado el convento del mismo nombre. Dicha sierra se une con la de Cara-mulha, y con otra cadena de montañas semejantes, nominadas las sierras de Marselha. Todos los caminos que se dirigen desde Coimbra al E. conducen á una ú otra de estas sierras, cuyo paso es en estremo dificultoso para el tránsito de un ejército, siendo preciso para llegar á la cima de cada una de ellas trepar por alturas sumamente escarpadas.

Una posicion tan fuerte y defendida por un tan poderoso ejército como el que Wellington mandaba, bastaba para detener al general mas atrevido; pero era tal el deseo que Massena sentia de medir sus fuerzas con las contrarias, y tan grande el enojo que le causaba la guerra sorda y sin desquite que le hacian, que oyendo solo las vivas escitaciones del valor, sin consultar la prudencia, determinóse á atacarla, sin mas fruto que la triste conviccion de que la fortuna tambien se venga á veces de los temerarios.

El 27 de setiembre intentó Massena apoderarse de aquellas fuertes posiciones, y las atacó con el cuerpo del mariscal Ney por su izquierda, mientras Regnier con el suyo hacia igual esfuerzo sobre la derecha y el centro. Todos los ataques fueron sumamente vigorosos, y sostenidos con denuedo y furor: una columna francesa logró trepar por la derecha hasta lo mas elevado de una de las cordilleras; pero fué rechazada con bizarría por la division del general ingles Picton, que supo aprovechar

bien las ventajas de su privilegiada posición, y aunque los franceses intentaron un segundo ataque por otro punto de la derecha, también fueron repelidos. Tres divisiones del mariscal Ney atacaban al mismo tiempo por la izquierda y hacían los más gigantescos esfuerzos para ganar la sierra; pero los inmensos obstáculos que esta presentaba por todas partes, amparando á las tropas aliadas, inutilizaron el brio de los vencedores de Danzick.

La pérdida de los franceses aquel día ascendió á cuatro mil hombres, cayendo muerto el general Graindorge, siendo heridos los de igual clase Foy y Merle, y quedando prisionero el general Simon. Los aliados perdieron solo mil y trescientos hombres. A esto se redujeron las ventajas de la acción de Busaco, desgraciándose luego en parte, pues habiendo hallado Massena medio de desfilarse por un camino que atravesaba la sierra de Cara-mulha, puso á los vencedores en tan angustiosa situación, que tuvieron en la mañana del 29 que abandonar la sierra y emprender precipitadamente su retirada á Coimbra.

El 28 estaban los franceses en Boyalvo, y arrojando al otro lado del Vouga al coronel Trant, que se hallaba en Sardá, siguieron su marcha á Coimbra, donde no quiso esperarlos Wellington, pues aunque llegó á aquella ciudad el 30, la abandonó al siguiente, continuando á marchas forzadas su retirada por Pombal, Leiria y Alcobaza, hácia las inespugnables posiciones de Torres-Vedras, cuyo abrigo le dió aliento ya para esperar al ejército francés, llegando á ellas el 9 de octubre. A pesar de la corta estancia de los ingleses en Coimbra, tuvieron sin embargo tiempo bastante para obligar al vecindario á abandonar sus casas y fortunas, y para destruir los almacenes que allí había; pero los establecidos en Figueiras, en la confluencia del Mondego, que eran de más consideración, cayeron en poder del enemigo.

Para facilitar la evacuación de Coimbra dejó Wellington algunos cuerpos de caballería, los cuales se aprovecharon á toda su satisfacción de los bienes y riquezas de aquellos desgraciados habitantes, que fueron tratados como si su ciudad hubiera sido tomada por asalto. Los soldados ingleses obligaban á los vecinos á destruir y arrojar al Mondego cuantas provisiones y efectos no podían llevar consigo. No en vano escribía Massena al príncipe de Neufchatel con fecha 10 de octubre: «El enemigo lo «quema y destruye todo á medida que evacua el país, y obliga á los habitantes á «abandonar sus casas pena de la vida. Coimbra, ciudad de 20,000 almas, se halla



DEVASTACION DE PORTUGAL. 11

«desierta: nos encontramos sin ninguna subsistencia: el ejército se alimenta de maiz y de algunos vegetales que no han sido arrancados de la tierra.»

La emigración de Coimbra era con efecto espantosa. La ciudad quedó desierta, los caminos todos que conducen á Lisboa estaban llenos de desgraciados, y el espíritu mas fuerte no podia menos de conmoverse al ver á la atribulada madre que rodeada de cuatro ó cinco criaturas, sin fuerzas para resistir los trabajos de la peregrinación, y sin poder llevar en sus brazos á todos sus hijuelos á la vez, se via precisada á abandonar á la suerte á algunos de ellos; al fatigado padre que para dilatar algunos dias mas la vida de su desventurada prole habia cargado sobre sí mas peso que el que sus fuerzas permitian; al decrepito anciano, que tropezando ya con el sepulcro volvía sus llorosos ojos para dar el último adios al amado albergue que le habia visto nacer... Pero dejemos ese triste cuadro, y dejemos á un lado reflexiones de las cuales podría resultar que perdiere el plan de Wellington una parte de la admiración con que le miran sus apasionados.

Educado Massena en la escuela militar de Napoleon, habia aprendido en ella que la primera cualidad de todo conquistador debe ser la celeridad, con la cual se concilian muy mal los almacenes y los bagages. Moviése así de Ciudad-Rodrigo, avanzando con rapidez y con el menor embarazo posible por la provincia de Beira, hácia las riberas del Tajo, imaginándose hallar en la Estre madura portuguesa, como en Italia y en Alemania, abundantes provisiones para su ejército; pero las disposiciones del general ingles burlaron sus esperanzas y causaron la ruina de su ejército.

El 4.º de octubre entró Massena en Coimbra, en donde se detuvo hasta el 4, dejando á los ingleses el tiempo suficiente para acelerar su retirada, si bien con la mayor confusión, ya por la que introdujeron en las tropas los fugitivos de Coimbra, ya por la insubordinación de sus propios soldados, alentados que por la impunidad de los excesos que cometieron en aquella ciudad, comenzaron escandalosamente á robar sus mismos almacenes. Divertido despues el mariscal en la persecución de su enemigo, no vió el riesgo que podia correr la gente que dejaba en Coimbra, la cual cayó por sorpresa el 7 en manos del coronel Trant, haciéndole este cinco mil hombres prisioneros, incluso los enfermos y heridos de los hospitales. Massena por su parte sorprendió el 9 una brigada de artillería inglesa en Alcoentre, y el 10 en Alenguer la división de Crawford.

Unos y otros se fueron así aproximando á las líneas de Torres-Vedras, quedando Massena á su vista herido de una especie de estupor, conociendo lo imposible que le era superar un obstáculo como aquel, de cuya existencia no tenia conocimiento.

La formidable posición de Torres-Vedras consistía en una línea de alturas hábilmente fortificadas, las cuales se estendian desde Alhandra, sobre el Tajo, hasta Torres-Vedras, distante cerca de treinta millas de Lisboa, y desde allí á la embocadura del Fisanro: detras de esta primera línea habia otras dos de atrincheramientos y reductos, que corrían desde Ericeira y Mafra sobre el mar hasta el Tajo. Una de estas líneas, que era la mas próxima á la de Torres-Vedras, podia defenderse con 20,000 hombres, y la otra, que era la mas cercana á Lisboa, con la mitad de este número. Entre las tres líneas habia ciento y cincuenta fuertes guarnecidos con seiscientas piezas de artillería. En aquellas tremendas posiciones bastaban las tropas mas visoñas á hacer temblar delante de sí al ejército mas aguerrido. Ahora comprenderemos mejor la firme seguridad de lord Wellington, y el poco aprecio que hizo de la pérdida de Almeida.

Ademas de esta triple línea, se habian construido atrincheramientos en Peniche, Ovidos y otros puntos á propósito. Las colinas á la izquierda de estas posiciones, y las que se estienden por toda la parte de Vimeiro hasta la embocadura del Tajo, estaban guarnecidas con reductos y artillería, ostentándose los puentes del Tajo flanqueados sobre la derecha por lanchas cañoneras. Se habian dispuesto tambien minas en diversos puntos para volar el terreno en caso de necesidad; y para concluir de una vez, todo el pais hasta el Mondego parecia una inmensa ciudadela fortificada en forma de media luna.



LÍNEAS DE TORRES-VEDRAS.

El ejército anglo-lusitano, compuesto entonces de setenta mil hombres, ocupaba las líneas de Torres-Vedras, Licayra y Mafra, teniendo á sus espaldas á Lisboa abundantemente provista de todo género de viveres y municiones, y su puerto espedito para recibir los auxilios y refuerzos que viniesen de Inglaterra. Wellington continuó recibiendo nuevas tropas de su nacion, y de las destinadas al sitio de Cádiz, además de ocho mil hombres con los cuales se le incorporó el marques de la Romana que, invitado por el gefe británico á concurrir á la defensa de Torres-Vedras, cometió la imprudencia de abandonar la Estremadura para trasladarse á aquel punto. Estos auxilios, agregados á la milicia de Lisboa, á la estremeña portuguesa y sus ordenanzas, útiles cuando menos para guarnecer el interior de las líneas, hacian subir el conjunto de sus fuerzas á ciento treinta mil hombres. Además de tan poderosa muchedumbre dentro de las líneas, operaban por el norte de aquel reino la milicia del pais y algunos cuerpos sueltos de infantería española y caballería inglesa, así como del lado de la Beira baja D. Carlos de España, que protegia con una columna á dichos milicianos y les facilitaba su comunicacion con los del norte.

El mariscal Massena pasó algunos dias en reconocimientos y correrías, tras lo cual, y mientras recibia los refuerzos é instrucciones que habia pedido al emperador, repartió sus tropas en una estensa línea de acantonamientos enfrente del ejército aliado. Su cuartel general lo estableció en Alenguer, y donde las poblaciones estaban distantes, hizo formar el campamento con barracas. Esta línea, que comprendia la fuerte posicion de Monte-junto, se estendia desde el mar hasta el Tajo. Todas las fuerzas que la guarnecian se hallaban situadas de manera que podian reunirse en el corto espacio de cuatro horas. El cuerpo del centro ocupaba á Sobrales, el de la derecha á Otta y Villanova y el de la izquierda á Villafranca, hallándose una division destacada en Alcoentre, á fin de cubrir el flanco derecho y preservarle de los ataques de una division de caballería inglesa establecida sobre el Fisanro.

Los franceses no pudieron mantener su izquierda en Villafranca por el mucho fuego que les hacian las cañoneras apostadas en el Tajo, á las órdenes del almirante Williams.

Luego que Massena comprendió lo inexpugnable de la posicion del ejército aliado,

trató de retrincherar la suya, en especial la de Monte-junto, y de reunir ganados, granos y legumbres para la subsistencia de su ejército. Este era el fin de todos sus movimientos, estrechándose cada vez mas sus acantonamientos sobre el Tajo por los continuos ataques de las milicias portuguesas. El general Silveira con su division ocupaba el camino de Almeida, Troncoso y Guarda, y las guarniciones portuguesas de Peniche y Ovidos, mientras la caballeria inglesa molestaba sin cesar los destacamentos franceses que salian á buscar víveres, pudiéndose decir con verdad que el ejército de Massena no era dueño de mas terreno que el que materialmente pisaba. Al principio encontraron los franceses en el pais algun trigo, maiz y legumbres; pero bien pronto agotaron estas subsistencias, viéndose en su defecto precisados á alimentarse con las carnes del ganado que conservaban, las que consumidas tambien, fueron seguidas en los primeros dias de noviembre de las de caballo y de mulo. A tan estrema necesidad, cada dia en aumento creciente, agregóse la dificultad de reponer el vestuario y calzado, sumamente deteriorados, lo cual les hizo insoportable el frio en el invierno que entraba.

Un cuerpo de tres mil hombres que dejó Massena sobre el Mondego, se encontró de repente rodeado por un crecido número de milicias portuguesas, las cuales le obligaron á rendirse, conduciéndole prisionero á Oporto.

El mariscal frances, en medio de la inaccion á que le tenia reducido la lenta táctica del caudillo ingles, viendo que su posicion se hacia cada vez mas difícil por la crudeza de la estacion, las abundantes lluvias y la salida del Mondego, sin tener esperanza ninguna de obligar á Wellington á salir de sus fuertes posiciones, suspiraba por tener delante de sí contrarios tan valientes y resueltos como los de Austerlitz y Jena, que para librar al pais del peso abrumador de la guerra, habian remitido al dudoso éxito de una batalla la final decision de la lucha. Massena se negaba á abrazar el partido de retroceder, teniéndolo por vergonzoso, y se vió precisado á cejar á pesar de su repugnancia, antes que lo exhausto del pais, las hostilidades de los portugueses que molestaban su retaguardia y las muchas bajas de su gente hiciesen mas desesperada su situacion. Atento, sin embargo, á su primer designio, pensó elegir posicion mas distante en que permanecer, aguardando en ella la resolucion de la suerte. Fijo en esta idea, y conociendo como tan esperto general, que lo mas importante en tal caso era ocultarla á sus enemigos, reunió sigiloso su gente en la noche del 14 de noviembre, y mandando delante todo lo que podia entorpecer su marcha, emprendió su camino hácia Santaren, Alcoentre y Torres-Novas. Wellington no cayó en la cuenta de su ida hasta la mañana del 15, y temiendo alguna celada de enemigo tan diestro como osado, puso en duda al principio el partido que le convenia tomar, contentándose con mandar dos divisiones que picasen su retaguardia. Creyendo despues penetrar el objeto que se habia propuesto Massena, resolvió partir contra Santaren, enviando antes al general Hill por la parte de Abrantes; mas su proceder indicó lo errado de su creencia, dado que Massena habia elegido aquel punto para base de sus operaciones, cuando el general ingles esperaba no encontrar en él mas que su retaguardia. Luego que Wellington reconoció su engaño, se vió precisado á retroceder, encargando al general Hill correrse á la izquierda del Tajo y no pasar de Chamusca. El cuartel general frances se hallaba en Torres-Novas, donde empezando á formar el octavo cuerpo se dilataba hasta Alcanede, y de alli por Leiria la caballeria. El sexto cuerpo permanecia de observacion en Thomar, y el segundo en Santaren, sirviendo á los dos de medio de comunicacion la division del general Loison. Massena fortificó á Santaren con atrincheramientos é inundaciones, dirijiendo todos sus movimientos á proporcionarse víveres y á abrirse comunicacion con los ejércitos franceses de España; pero era tal la vigilancia de la milicia portuguesa que ocupaba sus espaldas desde Pombal hasta Viseo, que el mariscal tenia que destacar cuerpos del ejército para escoltar sus correos. El general Foy, enviado con pliegos á Paris, tuvo necesidad á su regreso de una escolta de tres mil hombres para poder llegar á Almeida. A esta sazon los trabajos, el hambre y la crudeza de la estacion, mas que el ejército aliado, habian reducido á sesenta y ocho

mil hombres, los ochenta y dos mil con que habia penetrado Massena en Portugal.

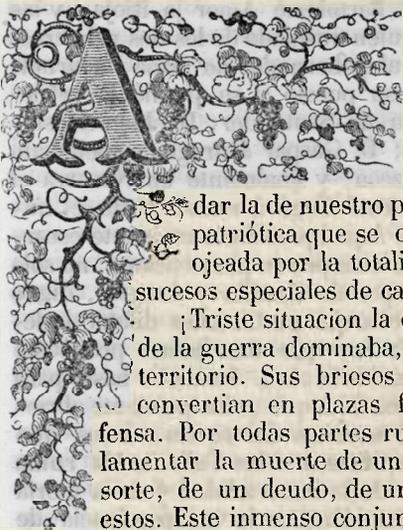
Viendo Wellington que las lluvias habian inundado las llanuras de la nueva posicion del ejército frances, y puesto intransitables los caminos para su artillería, impidiéndole por entonces pensar en empeñar ninguna batalla, se determinó á trasladar su cuartel general á Cartaxo, frente de la gran línea de Torres-Vedras, haciendo fortificar tambien la ciudad de Abrantes sobre la ribera derecha del Tajo, y guarneciéndola la ribera izquierda con fuerzas capaces de rechazar á cualquiera cuerpo enemigo que intentase penetrar en el Alentejo. La division del general Hill y la caballería portuguesa vigilaban por esta parte los movimientos de los franceses, apoyados en los muchos apostaderos de lanchas cañoneras y barcos armados que cubrian el Tajo hasta mas abajo de Abrantes. Una bala disparada de una de estas lanchas mató el 12 de octubre al general de division Sainte Croix, cuya muerte fué una pérdida muy sensible para el ejército frances. Pocos dias despues fué herido en el rostro por un tiro de fusil el general Junot, duque de Abrantes, que se habia adelantado hasta Rio Mayor á hacer un reconocimiento en persona.

Impacientaba entretanto á Massena la tardanza del refuerzo prometido, cuando ya Drouet, conde de Erlon, se hallaba en Ciudad-Rodrigo con el noveno cuerpo, y un abundante convoy de todas provisiones, que al punto envió con cuatro mil infantes á las órdenes del general Gardanne. Este se adelantó hasta Sabugal, desalojando á Silveira de las cercanías de Almeida; pero el general portugues siguió detras de él, y alcanzándole el 16 de noviembre, le hizo algunos muertos y prisioneros. Gardanne prosiguió su marcha y llegó hasta Cardigos, á tres leguas de los puestos avanzados del mariscal Massena, desde cuyo punto retrocedió á causa de un ardid empleado por el gobernador de Abrantes, el cual envió un fingido desertor portugues, que con sus falsas relaciones hizo creer á Gardanne que el ejército de Massena habia sido enteramente destruido. A este tiempo llegó Drouet á Portugal con catorce mil infantes y dos mil caballos, é incorporándosele Gardanne con su division, avanzaron juntos el 24 de diciembre hasta Murcella, y reuniéndose con Massena de allí á poco, se corrió dicho Drouet hácia la costa, dejando interceptadas á Wellington sus comunicaciones con las provincias septentrionales. Tal era la situación respectiva de los ejércitos beligerantes en Portugal al espirar el año 1810.



CAPITULO VI.

Bélica actitud de la España: partidas que recorren sus provincias: resultados de sus esfuerzos.—Galicia y Asturias.—Confiérese al general Maby el mando de las tropas de Asturias: descalabros de estas.—Disposiciones del general Mahy.—Espediciones de Portier.—Toma de Gijon: su abandono.—Ataques del Fresno y Grado.—Tentativa sobre Santoña.—Estremadura.—Acciones de Cantaelgallo y Fuente de Cantos.—Oportuna llegada del general Madden.—Castilla la Vieja.—Accion de Almazan.—Derrota de los franceses en Retortillo.—Accion de Cogolludo.—Ataque sobre Logroño.—Variadas acciones en la provincia de Valladolid.—Los españoles pierden y reconquistan la Puebla de Sanabria.—Murcia.—Fuerzas del ejército del centro: posiciones que ocupa: llega á él el general Blake: disposiciones que toma.—Son rechazados los franceses en Velez-Rubio.—Entusiasmo de los murcianos.—Oportuno movimiento de la caballería española.—La ciudad de Murcia se prepara á una heroica defensa.—Retirada del ejército frances de la provincia de Murcia.—Persíguete la caballería española.—Escesos que cometen los enemigos en los pueblos del tránsito.—El brigadier Osorio va á la Mancha á recolectar granos: sostiene varios gloriosos ataques con los franceses.—Regresa felizmente á su ejército terminada su comision.



CONTECIMIENTOS de inmensa trascendencia, tanto militares como políticos, habian tenido lugar en nuestra patria mientras se verificaban en Portugal los que atras dejamos contados, siguiéndolos uno tras otro hasta el fin del año para no interrumpir su narracion. Procuraremos ahora anu-

dar la de nuestro pais, y para dar una ligera idea de la fermentacion patriótica que se ostentaba por todas partes, daremos una rápida ojeada por la totalidad de su territorio, parándonos despues en los sucesos especiales de cada provincia.

¡Triste situacion la de España en aquella memorable época! El genio de la guerra dominaba, asociado al del mal, en toda la estension de su territorio. Sus briosos habitantes, haciendo baluartes de sus pechos, convertian en plazas fortificadas los pueblos menos susceptibles de defensa. Por todas partes ruinas, confusion y estragos. No habia familia sin lamentar la muerte de un padre, de un hijo, de un hermano, de un consorte, de un deudo, de un amigo, ó de otro ser tan querido y amado como estos. Este inmenso conjunto de males no bastaba, sin embargo, á amortiguar el valor y la decision, reanimándolos por el contrario con nuevos é inusitados brios. El patriotismo se levantaba armado de entre los escombros y ruinas en que el pais se desmoronaba, y vengaba con ira sus ultrajes en los causadores del mal. Estos no encontraban seguridad en ningun sitio, y tanto en las alturas como en los llanos, en las sierras como en las campiñas, en la ciudad como en los despoblados, en todas partes era para ellos objeto de terror y de alarma cuanto se ofrecia á su vista. Numerosos partidarios giraban en todas direcciones,

y algunos con respetables fuerzas obligaban á los enemigos á estar en guardia continuamente y á encerrarse en los castillos para esperar en ellos la llegada de sus batallones. Como ya hemos dicho otra vez, tenemos que limitarnos á citar solamente los nombres de los mas notables de aquellos y sus mas distinguidos hechos en el curso de este año; pues, sobre difuso, seria absolutamente imposible enumerarlos todos uno á uno.

Contaba Andalucía en su seno como principales á D. Pedro Zaldivia, D. Juan Lorenzo Rey, D. Juan Marmol y otro llamado el *Mantequero*, que tuvo un dia el arrojo de introducirse en el barrio de Triana, sin temor á los franceses de Sevilla. En la Mancha operaban, ademas de los ya sabidos, D. Miguel Diaz, D. Juan Antonio Orobio, D. Francisco Abad, conocido por el apodo de *Chaleco*, y D. Manuel Pastrana, llamado *Chambergo*. D. Juan Palarea, médico de Villaluenga, recorría la provincia de Toledo, en la cual acababan de fallecer el célebre D. Ventura Jimenez, á consecuencia de las heridas recibidas el 17 de junio en una accion dada en el puente de San Martin, y D. Toribio Bustamante, dicho el *Caracol*, peleando valerosamente en el puente de Mirabete. Descollaba entre todos el famoso Empecinado que, aunque tenia por campo de sus proezas la provincia vecina á Guadalajara, se adelantaba hasta Madrid ó retrocedía á Burgos y Soria, dispersando su partida cuando era necesario, y reuniéndola despues en el punto que mas le convenia. Sigüenza, que aunque fortificada por el enemigo, le vió entrar por sus puertas; Cifuentes, Mirabueno, Cantarillas, Cogolludo y Jadraque fueron testigos del extraordinario ardimiento con que constantemente lidió contra el general Hugo, no obstante la inferioridad de sus fuerzas. D. José Martinez San Martin, médico como Palarea, y sucesor de D. Luis de Bassecourt en el mando de los partidarios de Cuenca, fué en las riberas del Tajo continuo azote de la columna volante mandada en Tarancon por el coronel Forestier. No era menos conocido en Segovia D. Juan Abril; en Avila D. Camilo Gomez; D. Lorenzo Aguilar en Toro, y en Valladolid D. Tomas Principe, gefe de la guerrilla de caballería titulada de Borbon. Ocupaba asimismo el territorio de Palencia D. Juan Tapia; el de Burgos D. Gerónimo Merino; D. Bartolomé Amor la Rioja, y las inmediaciones de Soria D. José Joaquin Duran, quien auxiliado de los dos primeros, estuvo un dia á punto de destrozar en Torralba al gobernador de Soria Duvernet; mas la caballería de Merino no supo conservar su puesto y se perdió la refriega. Campillo ilustraba su nombre por la montaña de Santander; D. Juan Aróstegui en Vizcaya; en Alava D. Francisco Longa; D. Gaspar Jáuregui, apellidado *el Pastor* por su antiguo oficio de tal, en Guipúzcoa, y finalmente en Navarra el inmortal D. Francisco Espoz y Mina, contra el cual llegó á reunir hasta el número de treinta mil hombres el general Reille. Aquel partidario eminente escarmentó repetidas veces á los imperiales, burlando siempre su persecucion, no solo en Monreal, Aibar y Tievas, sino en los campos de Castilla y Aragon, digno teatro de sus patrióticos esfuerzos. Reseña es esta que pudiéramos dilatar indefinidamente; pero nuestros lectores saben ya la ley que nos hemos propuesto respecto á evitar pormenores que harian interminable la obra. Lo dicho basta para nuestro objeto, y para que la posteridad conozca á los que principalmente abrieron en la Península la tumba á doscientos mil satélites del tirano, á los que despertando á las dormidas naciones del Norte, notificaron á las Tullerías la ruina del usurpador, dejando consignada en el libro de la inmortalidad y de la gloria la manera mejor y mas segura de salvar en casos idénticos la independencia de los demas países. Ocupémosnos ahora en los sucesos especiales de cada provincia.

Nada por el tiempo en que estamos habia ocurrido notable en Galicia, donde continuaba mandando el general Mahy, sino haber entrado dos veces sus tropas en Leon y obtenido algunos pequeños triunfos del enemigo. Las autoridades de Galicia, poseidas del mejor celo, pero poco activas para concurrir á la comun empresa, habian elejido capitán general de aquel reino al citado Mahy, á quien por el mismo tiempo se dió tambien el mando de las tropas de Asturias.

Partió aquel gefe á la Coruña el 2 de setiembre para acordar con su junta lo conveniente, y dejó por sustituto á D. Francisco de Taboada y Gil, quien se situó en Fucebadon y Manzanal, destacando con dos mil hombres al coronel Mascareñas. Este se corrió hasta Leon y sostuvo á fines de octubre y principios de noviembre, en la Robla y San Felix de Orbigo, varios encuentros con los franceses, de los cuales salió victorioso. La misma suerte tuvo en Tábara D. Manuel de Nava, cogiendo algunos prisioneros. Las tropas asturianas habian sufrido algunos reveses á mediados de mayo, antes que Mahy obtuviera su mando. La division de Galicia que operaba entonces en Asturias estaba mandada por Don Juan Moscoso, y las de Asturias por D. Pedro de la Bárcena. D. Juan Diaz Porlier, conocido por *el Marquesito*, sobrino del marques de la Romana, mandaba tambien un cuerpo franco, y se habia unido á las tropas de Bárcena. Entonces fué cuando cayendo Moscoso y Bárcena sobre los imperiales en Luarca, fueron rechazados con alguna pérdida, sosteniéndose solo Porlier con su acostumbrada firmeza. La Regencia en relevo de Moscoso nombró á D. Ulises Albergotti, cuya avanzada edad no podia darle la actividad y energía que exigian las circunstancias, y asi fué que atacado el 5 de julio por los franceses en Navia, huyó desparovido hasta Meyra de Galicia, dando ocasion á aquellos para estenderse impunemente hasta Castropol. El 3 del mismo julio padeció tambien Bárcena otro descalabro.

Haciase, pues, indispensable poner al frente de aquellas abatidas divisiones un gefe de energía y de genio. Mahy carecia, á decir verdad, de estas dotes; pero lleno de los mejores deseos, y sin embargo de no haber conseguido nada con su viage á la Coruña, mejoró algun tanto con sus providencias el estado militar de ambas provincias, reforzando la division de Galicia con seiscientos hombres y mandándola á Salime. Sacó tambien de la fuerza existente en el Vierzo mil quinientos hombres, con los cuales debia D. Esteban Porlier auxiliar á los asturianos, y envió al otro Porlier al puerto de Ribadeo, para que acompañado de algunas fuerzas marítimas hostigase á los enemigos por la parte de Santander. Este benemérito gefe, sino sacó por falta de medios todo el partido que se prometia de su expedicion, hizo cuanto estuvo en su mano para que no fuese infructuosa, destruyendo varias fortificaciones de la costa, cogiendo doscientos prisioneros y regresando con bastante número de mozos reclutados en aquella tierra.

Al poco tiempo el mismo Porlier reunió en Potes algunas fuerzas, contra las cuales marchó el general Serras, sin que pudiese darlas alcance, porque Porlier juzgó conveniente internarse en Asturias, donde esperaba atacar con buen éxito al general Bonnet en la misma capital; mas noticioso este de su aproximacion, se adelantó al encuentro de los españoles que, con la habilidad de sus maniobras, burlaron la superioridad numérica del enemigo, y se dispersaron con alguna pérdida. Perseguido Porlier constantemente por las tropas del general Bonnet, trató de apoderarse del puerto de Gijon, concertándose al intento con el brigadier Renovales, que debia desembarcar con algunas tropas en el mismo punto. En efecto, la division de Porlier se presentó el 16 de octubre delante de Gijon, y habiendo reconocido las fuerzas del enemigo, y no avistando la expedicion marítima de Renovales, se dispuso á abandonar las posiciones que habia tomado; pero al dia siguiente apareció á su vista la escuadrilla, y despues de un pequeño choque con la guarnicion enemiga de Gijon, evacuó esta la ciudad, desembarcando la expedicion al dia siguiente por el punto de Arnao, protegida por el ataque que con el mas decidido valor emprendió Porlier contra los puestos del enemigo, y por el fuego de un bergantin de guerra ingles. Los franceses se replegaron sobre las alturas de Puga, perseguidos constantemente por las tropas españolas. Renovales con su gente ocupó á Gijon, y Porlier y Castañon, otro de los principales partidarios de Asturias, se situaron con las suyas en las alturas circunvecinas; mas habiéndose presentado el 19 del mismo octubre el general Bonnet con el grueso de su ejército á la vista de Gijon, viéronse los españoles precisados á retirarse por mar y tierra.



ESPEDICION DE RENOVALES.

Un cuerpo de cinco mil gallegos atacó el 20 del mismo mes á la brigada francesa del mando del general Valletaux, que se hallaba apostada en los pueblos del Fresno y Grado, y despues de haberla hecho experimentar una pérdida considerable, se retiró hácia los puntos de donde habia partido.

La espedicion que habia ocupado el puerto de Gijon se componia de cuatro fragatas, una de ellas española, tres briks, dos goletas, cuatro lanchas cañoneras y varios buques de transporte hasta el número de 43. Con ella se trató de sorprender por un golpe de mano el importante punto de Santoña, ocupado por los franceses; mas habiendo cambiado el viento el 24 de octubre, una tempestad que sobrevino el 25 arrojó á la fragata española contra las rocas de la costa de Laredo, en donde experimentó algunas averías. A pesar de este contratiempo se intentó el 27 el desembarco; mas la resistencia que opuso el enemigo, unida al temporal que aun seguia, frustró del todo esta tentativa, y la escuadrilla tuvo que retirarse de las aguas de Santoña.

El intrépido Porlier continuó incomodando á los enemigos situados en Asturias, pero no imitaban su ejemplo los demas gefes de aquel distrito, puesto que solamente Bárcena pareció animarse algo á mediados de agosto inquietando tambien á los franceses. De aqui resultó que siendo fácil espulsar á estos de Oviedo, trabajando todos nuestros gefes de comun acuerdo, no se consiguió por indolencia de unos y por el aislamiento de otros, sino tenerlos en incesante zozobra y distraer una parte de sus fuerzas, las mas veces sin provecho alguno para la causa nacional.

Las mismas faltas en acuerdo y plan se observaba en Estremadura. Allí, despues que el general ingles Hill se separó de los nuestros, dejó Wellington al marques de la Romana en la plaza de Campo Mayor, reforzándole con una brigada portuguesa que mandaba el general Madden. D. Carlos Odonnell persiguió al general Regnier en su retirada haciéndole varios prisioneros, y D. Carlos España rindió en una casa á cien franceses; pero Romana neutralizaba con su indolencia el efecto que producian estas refriegas parciales. Sus subalternos, convencidos de lo provechosas que eran, las

aventuraban sin su consentimiento y sin la debida combinacion, á pesar de lo cual solian tener buenos resultados. Decidióse al fin el general á provocar á los contrarios, y partiendo de Badajoz el dia 5 de agosto, incorporóse con las divisiones de Ballesteros y la Carrera que tenia en Salvatierra D. Gabriel de Mendizabal. Los franceses situados en Zafra retrocedieron á Llerena, y apostáronse en Villagarcía. Los españoles tomaron las alturas de Cantaelgallo, en las que acometidos el dia 11 por los imperiales, hubieran recibido un golpe adverso, á no ser por el tino y la marcialidad con que se portaron su artillería y caballería, regida esta última por el valiente la Carrera. Romana se retiró á Almendralejo, y auxiliado despues por los caballos del general Butron y los portugueses de Madden, pudo el segundo de estos gefes adelantarse á Monasterio, y situarse la Carrera en Fuente de Cantos. El 15 de setiembre fueron nuestros generales atacados por el enemigo, y sin embargo del denuedo y firmeza con que se defendieron, hubieron de ceder á la superioridad numérica de los contrarios, que contaban con trece mil infantes y mil y ochocientos caballos. Esta fuerza la tenian oculta para sorprender á los españoles en su retirada, y en ella nos hubieran ocasionado gran mortandad, si la oportuna llegada de Madden con la brigada portuguesa no hubiese trocado la suerte del combate, desbaratando á la caballería enemiga. El general Butron vengó en parte su derrota, haciendo pocos dias despues cien franceses prisioneros en Azuaga. Poco despues de estas acciones fué cuando el marques de la Romana marchó á la línea de Torres-Vedras, dejando encargado del mando al general Mendizabal, y ordenando la traslacion de la Junta á Valencia de Alcántara. Esta inesperada resolucion acreditó poca cordura en el marques, ya por tomarla sin permiso del gobierno, ya porque las fuerzas que mandaba, al paso que no podian servir sino de muy poco á las poderosas que acaudillaba Wellington, eran de suma utilidad en Estremadura para tener en continua alarma al mariscal Mortier, impidiéndole asi entrar en el Alentejo.

No estaban ociosos por este tiempo los patriotas de las provincias centrales de España. Rodeados por todas partes de los ejércitos franceses, y amenazados de cerca por las fuerzas que conservaban estos constantemente en Madrid, no por eso decaian sus ánimos, llevándolos su arrojo mas de una vez hasta las mismas tapias del Retiro.

En marzo regresó el rey José á Madrid, dejando encargado al mariscal Soult el mando del ejército frances de Andalucía. De las tropas que guarnecian las Castillas, formó el ejército del centro, que dependia inmediatamente de sus órdenes. Las guerrillas, única fuerza que los españoles tenian en estas provincias interiores, se reunieron sobre el Duero, en Almazan, pueblo de la provincia de Soria. El gobernador frances de la misma, coronel Baste, comandante de la marina de la guardia imperial, púsose en marcha desde la capital de aquella provincia el 10 de julio por la mañana con una columna de 1,100 hombres, y atacó á las fuerzas españolas reunidas; mas habiendo sido rechazado despues de siete horas de un vivo fuego, pidió por medio de un parlamento una suspension de armas, que obtuvo; pero faltando á su palabra, y durando aun el armisticio, resuelto á ocupar á todo trance la villa de Almazan, atacó el puente con intrepidez, consiguiendo entrar en la poblacion, despues de haber sufrido una mortandad horrorosa. El cura Merino fué uno de los partidarios que se hallaron en esta accion, mandando 200 caballos.

Una columna francesa que se hallaba empleada en hacer exacciones en la misma provincia de Soria, fué alcanzada por el Empecinado el 29 de agosto en Retortillo, y derrotada completamente, siendo muy pocos los enemigos que lograron salvarse.

El mismo Empecinado con la mayor parte de su gente se concentró despues de esta accion en la villa de Cifuentes, en cuyo punto fué atacado el 14 de setiembre por el general Hugo, que desde Brihuega se dirigió contra él con una columna movil de mil hombres de infantería y cuatrocientos caballos. El fuego de las guerrillas que se encontraron entre Solanillos y Gargolillos, se sostuvo con el mayor teson por una y otra parte, siendo rechazados los franceses, hasta que reforzados en gran número obligaron á los españoles á retirarse á la espresada villa. Empeñóse con este motivo en las inmediaciones de este pueblo una accion de las mas reñidas entre las dos di-

visiones. Todos los esfuerzos del enemigo no fueron bastantes para desordenar á los españoles, que sostuvieron un vivo fuego desde las dos de la tarde hasta despues del anochecer. El general Hugo hizo noche en Cifuentes, y el Empecinado en Canredondo; y no queriendo el primero esperar el ataque que los españoles le preparaban para el dia siguiente, se retiró al amanecer de este, entregando sin piedad á las llamas aquella poblacion, y maltratando á varios de sus indefensos vecinos. Accion que



QUEMA DE CIFUENTES.

confunde con las tribus salvages á los soldados del pueblo que aspiraba entonces como ahora á erijirse en preceptor de la civilizacion y de la cultura moderna.

El 16 de octubre atacaron 4,200 hombres, tambien de las mismas guerrillas, la escolta de un convoy enemigo que marchaba con direccion á Torija; pero habiendo acudido fuerzas superiores francesas, tuvieron que retirarse.

A principios de diciembre partió el Empecinado desde Cogolludo á ausiliar á la division soriana; mas sabiendo durante su marcha que el general Hugo con fuerzas superiores venia en su busca deseoso de vengar sus anteriores derrotas, retrocedió á dicha villa, y el 9 se trabó en sus inmediaciones una accion sangrienta, en la que al fin el valor de los españoles tuvo que ceder á la superioridad del enemigo.

Los restos de varias partidas de guerrillas arrojados á las montañas de Soria por mas de 30,000 franceses que atravesaron el territorio español para entrar en Francia por Navarra, habian adquirido allí notable incremento en los primeros dias de noviembre. Parte de sus fuerzas se aproximó á Logroño, y el general Roquet, que fué el encargado de su persecucion y esterminio con 2,000 de infantería de la guardia imperial y 500 caballos, empleó veinte dias en penosas marchas y contramarchas, y en inútiles investigaciones, alcanzando al fin á su vanguardia en Belorado. Los españoles se batieron por algun tiempo; pero cargados por fuerzas superiores, se dispersaron para volverse á reunir en puntos distantes, logrando de este modo cansar y aniquilar las tropas destinadas á su persecucion.

La partida mandada por Amor se apoderó el 18 de noviembre de uno de los arbales de Santo Domingo de la Calzada.

Anteriormente otras partidas que se habian levantado en la provincia de Valla-

dolid y en el reino de Leon, se reunieron en Sahagun, y sostuvieron en los dias 22, 23 y 24 de febrero varios choques con una columna enemiga á las órdenes del coronel Pinte-ville, sin que este pudiese obtener ventaja alguna decisiva, pues aunque se dispersaron como acostumbraban en el momento del peligro, volvieron á aparecer inmediatamente.

El partidario D. Julian Sanchez con su gente se apoderó el 20 de noviembre de la villa de la Fuente del Sauco, situada en el camino de Toro á Salamanca. Cincuenta suizos del ejército frances de la guarnicion se hicieron fuertes en una casa, negándose tenaces á rendirse á pesar de las intimaciones de Sanchez. Este intentó en vano incendiar el edificio en que estaban; y habiéndolos tenido sitiados los dias 21 y 22, tuvo al cabo que retirarse por la llegada de un gran refuerzo enemigo.

Conociendo el frances lo importante que era para él apoderarse de la Puebla de Sanabria, á fin de sostener y apoyar su espedicion contra Portugal, destacó con este objeto al general Serras con fuerzas muy considerables, y logró hacerse dueño de su castillo, en el cual encontró 20 piezas de artillería, con víveres para 3,000 hombres durante seis meses. Los franceses dejaron en el fuerte en cuestion un batallon de suizos que le guarneciese; mas á los tres dias de haberse retirado el general Serras con el resto de sus tropas, las españolas y portuguesas, á las órdenes de Gil de Taboada y Silveira, se presentaron delante del castillo, y despues de haberle batido y abierto brecha en sus muros, capituló la guarnicion enemiga el 40 de agosto, rindiéndose con la condicion de ser conducida á Suiza, y de no tomar las armas contra las potencias aliadas.

Habiendo recorrido las provincias que en el discurso de este año fueron menos fecundas en sucesos de trascendental importancia, justo es que nos ocupemos ahora de las que fueron con especialidad el principal teatro de la guerra.

Despues de la desastrosa retirada del ejército español de Sierra-Morena, dirijiéronse á Murcia los restos del ejército del centro, reorganizándose allí bajo las órdenes del general Blake. Cuando este general pasó en el mes de abril á la línea de Cádiz, dejó encargado el mando de aquel al general Freire, como ya tenemos dicho, y este tomó unas disposiciones tan acertadas y enérgicas, que ya en el mes de mayo pudo destacar para Cádiz (cuyo ejército hemos dicho tambien que formaba parte del del centro) una de sus divisiones mandada por el general Vigodet, el cual se embarcó en Cartagena y llegó felizmente á su destino en el mes de junio. El ejército del centro, á mas de las fuerzas que defendian á Cádiz, constaba á principios de agosto de 14,040 infantes y 2,648 caballos, con 14 piezas de artillería de diferentes calibres y dos compañías de zapadores, y tenia ademas un depósito de quintos y otro de caballos. La infantería estaba repartida en tres divisiones y en dos la caballería.

Estas eran las fuerzas con que el general Freire ocupaba la provincia de Murcia, cuando el general Sebastiani penetró con un ejército enemigo por las fronteras de la de Granada. Las tropas españolas ocupaban las siguientes posiciones: la primera division, al mando del general Grimarest y toda la artillería, ocupaban á Elche y guarnecian la plaza de Cartagena y la ciudad de Murcia; la tercera division, á las órdenes del brigadier D. José Antonio Sanz, tenia su cuartel general en Orihuela, y el de la quinta, mandada por el coronel D. José Ruiz Elion, estaba en Alicante, quedando la mayor parte de las tropas de este último gefe en observacion del enemigo hácia la provincia de Granada, mientras el depósito de caballería se hallaba situado en Monforte, y el de quintos en San Juan de Alicante.

Las dos divisiones de caballería estaban mandadas por los brigadieres D. Manuel Ladron de Guevara y D. Vicente Osorio. El primero tenia su cuartel general en Lorca y ocupaba el puerto de Lumbreras: el segundo lo tenia en Mula. Las guerrillas se hallaban á las órdenes del coronel graduado D. José Villalobos.

Tales eran las posiciones de la parte del ejército del centro que ocupaba la provincia de Murcia, á la llegada de su general en gefe D. Joaquin Blake el dia 3 de agosto. Inmediatamente despues de su arribo dispuso este que las tropas estuviesen prontas á marchar al primer aviso, y estableciendo su cuartel general en Murcia,